

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

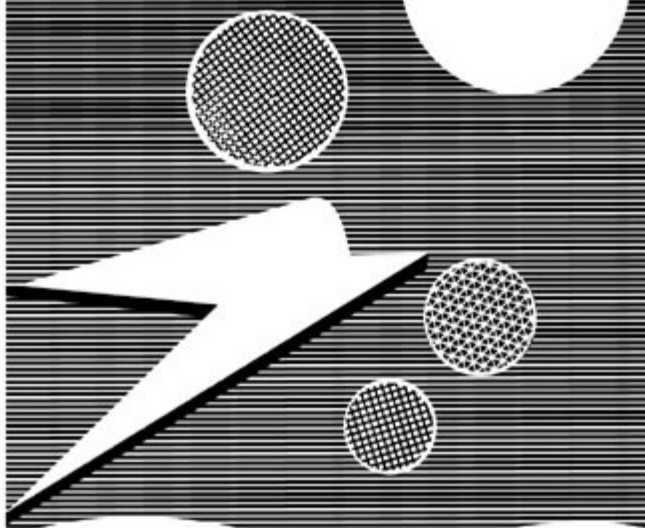
LOS HIBERNADOS

adam surray

CIENCIA FICCION



cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

111 – No hay planeta como mi planeta, *Curtis Garland*.

112 – Los invasores invadidos, *Glenn Parrish*.

113 – El planeta tenebroso, *Ralph Barby*.

114 – El invento, *Marcus Sidereo*.

115 – Soy... el último, *Curtis Garland*.

ADAM SURRAY

LOS HIBERNADOS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 116

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS –
MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 35.088 - 1972

Impreso en España - *Printed in Spain.*

1ª edición: octubre, 1972

© **Curtis Garland - 1972**

texto

© **Ángel Badía - 1972**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

**Todos los personajes y entidades privadas que
aparecen en esta novela, así como las situaciones de la
misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del
autor, por lo que cualquier semejanza con personajes,
entidades o hechos pasados o actuales, será simple
coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.
A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1972

CAPITULO PRIMERO

La sala era de forma ovalada. En su centro destacaba la grandiosa urna que envolvía los seis ataúdes. Cuatro hombres y dos mujeres reposaban un sueño que no sería eterno. Cada ataúd, de cristal y con rojizas tonalidades, tenía acoplado un extraño aparato que emitía cárdenos e intermitentes fogonazos. También, desde la cúpula de la urna, se proyectaba un rayo de bermeja luz sobre los seis ataúdes. De pronto, toda aquella electroluminiscencia dejó de funcionar. El potente foco se eclipsó y el aparato cabezal de los respectivos ataúdes cesó en sus intermitencias. La urna se elevó lentamente.

Al unísono parecieron recobrar la vida los moradores de la sala. Abrieron los ojos. En todos ellos se reflejó un indescriptible brillo de terror y desconcierto.

El primero de los ataúdes estaba habitado por un individuo joven. De rostro atractivo y varonil. Sus facciones denotaban una gran energía y firmeza de carácter. Pelo negro y ojos color del ágata. El hombre permaneció unos minutos rígido. Sin mover un solo músculo. Su mente sí estaba en acción. Paulatinamente su boca de finos labios esbozó una sonrisa.

Se incorporó quedando sentado en el ataúd de cristal.

A su izquierda el ocupante del féretro contiguo ya estaba en pie. Le contemplaba con burlona mirada.

—Hola, Keenan.

El hombre de los ojos color ágata parpadeó.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Keenan Shawn. Está grabado en tu ataúd.

El llamado Keenan Shawn sintió un escalofrío al oír aquella palabra. No le gustaba.

—El ataúd es para los muertos. Nosotros no lo estamos... Nikolai Musorgski. —Shawn leyó en la placa el nombre de su interlocutor—. ¿Ruso?

—¿No me recuerdas? Yo sí te conozco, Keenan. Imposible olvidar al primer tripulante del Titán, astronave nuclear con destino a Júpiter y...

—Caballeros...

La voz sonó a espaldas de los dos hombres. Estos se volvieron sin denotar sobresalto. Estaban acostumbrados a todo. Sus nervios de acero no les traicionaban jamás.

Un individuo de unos cuarenta años les sonreía cordial. Era el ocupante del tercer ataúd. Vestía, al igual que sus compañeros, un traje de poliuretano. Avanzó tendiendo su diestra en amistosa señal.

—Mi nombre es Dub Hundar. Las oportunas presentaciones no nos corresponden a nosotros. Tenemos un... anfitrión.

—¿Un anfitrión? —inquirió Keenan Shawn con grave voz—. Oiga, profesor...

Dub Hundar sonrió.

—¿Por qué me llama profesor?

—Usted es...

—¡Oh, no...! Esperemos a que nuestros restantes compañeros despierten. Es preferible.

Los ocupantes de los otros tres ataúdes permanecían con los ojos abiertos. Sus ofuscadas mentes necesitaban tiempo para reaccionar. Para revivir sus inertes miembros.

Un cuarto hombre pisó el reluciente suelo. Su rostro era cuadrado. De colgante mandíbula y ojos muy brillantes. Satánicos. Dirigió una circular e indiferente mirada a su alrededor. No habló. Sus labios continuaron pegados trazando una firme línea.

Nikolai Musorgski dejó escapar una risa nerviosa.

—Bien..., empezaba a temer lo peor. Afortunadamente tenemos compañía femenina.

Así era.

De los últimos ataúdes de cristal surgieron dos mujeres. Jóvenes. Ambas de extraordinaria belleza. De edades también aproximadas. Ninguna de ellas sobrepasaría los veinticuatro años. Lucían trajes de fibra sintética que se ceñían a sus cuerpos como una segunda piel. Una de las muchachas tenía los ojos verdes. La otra, en rudo contraste, negros como el azabache.

Fue la mujer de ojos verdes la que rompió en histérico alarido.

Dub Hundar chasqueó la lengua.

—¿Se da cuenta, Nikolai? La compañía femenina siempre es molesta. Nos ocasionarán más de un disgusto. .

Musorgski se adelantó hacia la muchacha.

Súbitamente le propinó dos sonoras bofetadas que enrojecieron sus mejillas, pero también tuvieron la virtud de hacerla callar. La joven ocultó el rostro entre sus manos sollozando ahogadamente.

—Síganme —ordenó Dub Hundar.

Los seis ocupantes de la ovalada sala abandonaron el espacio abarcado por la urna de cristal. Cuando el último de ellos dejó de pisar el brillante suelo, los seis ataúdes desaparecieron en tierra ajustándose al recuadro. Una placa luminosa se cerró tras ellos.

Al fondo de la sala se alzó una puerta de guillotina.

Se adentraron en la estancia contigua. Allí proliferaban las pantallas telescópicas de diferentes tamaños, amplificadores de imagen, osciladores y sintonizadores de alcance ilimitado.

Dub Hundar sonrió.

Parecía el más seguro de todos. Y tenía sus motivos. Todo aquello le era familiar. Muy familiar.

Un aparato reproductor de cinta magnética de video-audio encendió un dispositivo rojo permanente. Se iluminó al abrirse la puerta de la estancia.

—Ahora vamos a ser presentados —dijo Hunder accionando una de las palancas.

El reproductor eclipsó la luz roja a la vez que se iluminaba la pantalla. En ella se reflejó la imagen de un hombre de angulosas facciones y canosos cabellos. Sonrió abiertamente para luego dejar oír su voz:

«Celebro que escuchen mi voz. Ello significa que están con vida y que el proceso de hibernación y curación ha sido un éxito. Este es el primero de los mensajes informativos grabados. Todos ustedes dieron su consentimiento para ser hibernados. La Ciencia no se resigna a perder a los seres inteligentes. Ustedes lo son. Considero oportuno realizar un corto resumen. Una puesta en escena. Tal vez ya se conozcan y hayan intimado. No importa.

»Se encuentran en la plataforma batinave Adhara. Pueden catalogarla como una confortable mansión submarina. Diseñada y creada por el profesor Dub Hunder, ilustre científico de Física Espacial. Está con ustedes.»

La imagen desapareció de pantalla para reproducir un film de Dub Hunder rodado en la Universidad de Pensilvania. Después de un primer plano del rostro del profesor, volvió la primitiva imagen prosiguiendo su narración:

«Dub Hunder fue hibernado por voluntad propia y sin padecer enfermedad alguna a la edad de cuarenta y dos años. Concretamente el día 4 de abril de 1985. Su sacrificio fue debido a querer permanecer con los hibernados del Adhara y prestarles ayuda en su... despertar. Hunder les dirigirá mejor que nadie si surgen dificultades con el exterior. Conoce pulgada a pulgada la batinave. Es su creador. Él les dará cuantos datos técnicos precisen.

»Un segundo tripulante es Keenan Shawn. Hibernado a la edad de treinta años y también en 1985. Shawn, primer astronauta de la nave nuclear Titán. Atacado por la terrible enfermedad denominada "Zooks". Nefasto mal que en la década del ochenta ocasionó infinitas muertes por parálisis inexplicable de cuerpo y mente.

»Nikolai Musorgski, joven y prometedor miembro de la UIE, fue hibernado a la edad de treinta y dos años. Todos ustedes penetraron en Adhara el mismo año y mes. Abril de 1985. Musorgski, ciudadano ruso y primer comandante de la astronave construida por la Unión Internacional del Espacio, también fue víctima de la misteriosa enfermedad de "Zooks". Su valor e inteligencia, al igual que en

Keenan Shawn, nos impulsaron a la hibernación. Mañana, ese mañana que si me están escuchando es presente, serán recuperados por el bien de la civilización y la ciencia.

»Elliot Vogler es un enigma que no hemos logrado descifrar. Fue ejecutado en la silla eléctrica por el asesinato de quince mujeres en la ciudad de Nueva York. Ustedes recordarán el caso. Los neoyorquinos temieron estar ante la reencarnación de Jack el Destripador. También Vogler mutilaba a sus víctimas. Fue ajusticiado, pero su cadáver no llegó a ser enterrado. Desapareció el mismo día de la ejecución para surgir en una de las salas secretas del laboratorio Randol de California. Apareció... "vivo". En esa sala se buscaba el posible virus causante del mal "Zooks". Elliot Vogler, sin el debido traje aislante protector, fue víctima de la enfermedad. Puede que ahora nos explique muchas cosas. En especial su misteriosa resurrección y traslado a California. Un viaje, del estado de Nueva York a Los Ángeles, en el inaudito tiempo de tres minutos. Tenemos curiosidad por oírle, Vogler.»

Las miradas se posaron en Elliot Vogler. Este permanecía impasible. Con sus demoníacos ojos fijos en la pantalla del reproductor video-audio. Muy interesado en conocer los datos de sus compañeros.

La atención de todos se centró de nuevo en la pantalla. La imagen del hombre desapareció momentáneamente. Unos breves segundos para reflejar el bello rostro de la mujer de ojos color azabache.

«Inger Kerr, joven doctora perteneciente al Congreso Internacional de Salubridad Mental. Hibernada a los veintidós años de edad. La otra componente femenina es Barbra Hyer, hija del vicepresidente Don Hyer, que decidió su hibernación a los veinte años de edad. Todos ustedes, con la mencionada excepción del profesor Hundar, víctimas del "Zooks". Todos ustedes hibernados en un mes de abril de 1985.»

Voz e imagen desaparecieron desconectándose automáticamente el reproductor.

Dub Hundar volvió a sonreír.

Con suficiencia.

—Las presentaciones han sido hechas. Pasemos ahora a escuchar la segunda grabación. Debe haber una segunda grabación...

—¿Seguimos enfermos de "Zooks", profesor?

La pregunta había sido formulada por Barbra Hyer. Sus verdes ojos seguían acusando un leve temor. Un justificado miedo a todo aquello. A su... despertar.

—La pregunta es absurda, señorita Hyer. Usted, al igual que sus compañeros, consintió en ser hibernada por padecer una enfermedad incurable. Parálisis progresiva que culminaba con la total inmovilidad de cuerpo y cerebro. Ahora puede moverse y razonar, ¿no?

Un tenue rubor se entremezcló con la palidez de Barbra.

Dub Hundar pulsó una segunda palanca del aparato reproductor. Nuevamente la pantalla se iluminó. La imagen que se reflejó no correspondía a la del primer locutor.

«Soy el doctor Brian Keel. Llevo en la actualidad la operación Adhara. Han transcurrido veinte años al inicio de la hibernación. Es el año 2005. Llevan ustedes veinte años de... reposo. En el 1997 se descubrió el virus causante del "Zooks". Ello adelantó el proceso de prevención y curación. Mark Ferrigs, descubridor de los rayos que llevan su nombre, es quien ha logrado los mayores éxitos. Años atrás se descubrió el virus del cáncer, de la leucemia, se evitó el endurecimiento de las arterias del corazón, droga curativa de la diabetes, de la alta presión sanguínea... Tan grandes logros se superaron al dar con el virus causante de "Zooks". La misteriosa enfermedad que causó millones de víctimas en los últimos treinta años está casi vencida. El proceso de curación para los ya afectados es lento. Deben estar diez años sometidos a la acción de los rayos "Ferrigs". Luego una recuperación también larga y penosa hasta conseguir una total agilidad en los miembros paralizados. Ustedes han sido sometidos a esos rayos instalados en la urna de cristal por el propio doctor Ferrigs. Tal vez dentro de unos años se consiga dar con un método más rápido. Se empleará con ustedes para que finalice cuanto antes el letargo al que están sometidos. Queremos que regresen con nosotros a la vida. Libres del "Zooks". Me gustaría entonces poder saludarles personalmente. Espero hacerlo. Nuestros adelantos científicos son extraordinarios en este nuevo siglo XXI. Dominamos el espacio y somos una raza de superhombres. Ustedes formarán parte de ella.»

Por segunda vez el reproductor oscureció su pantalla. El indicador rojo se encendió siendo pulsado por el profesor Hundar. El tercer mensaje video-audio llegó con perfecta nitidez. Un individuo de ancha y desproporcionada frente se reflejó en la pantalla. Su voz era aguda. Estridente:

«Año 2007. Sólo han transcurrido dos años desde que les dirigió la palabra el doctor Brian Keel. Buenas noticias, amigos. El 10 de enero de 2009 bajaremos a Adhara. Estarán libres del temible "Zooks" y se iniciará el proceso de deshibernación. Pronto volverán con nosotros. Les espera un mundo maravilloso. El hombre es el rey. Su inteligencia lo domina todo. Esta es la última grabación. Al despertar nos encontrarán con ustedes. Si ha sido conectado el reproductor significará que se han adelantado a nuestros cálculos. Poco importa. El 10 de enero de 2009 recibirán nuestra visita. Hasta pronto.»

La pantalla se oscureció y, en esta ocasión, el indicador rojo no se iluminó. No había programada ninguna otra grabación en el

reproductor.

Dub Hundar dirigió una mirada a sus compañeros.

Uno a uno.

Con deliberada lentitud.

—¿Y bien? Supongo que tienen muchas preguntas que formular.
¿Empezamos por las damas?

Barbra Hyer permaneció en silencio. Puede que avergonzada por su última intervención. Inger Kerr, la muchacha de los ojos negros como el azabache, se adelantó hasta quedar junto al reproductor. Belleza e inteligencia. Cualidades difíciles de coincidir en una mujer. Inger las tenía. Su rostro era de perfecto óvalo y enmarcado por el sedoso pelo negro, la nariz pequeña y los labios gordezuelos. El traje de fibra «Lycra B» modelaba la estrecha cintura y la suave curva de las provocativas caderas.

—¿Por qué hemos despertado solos, profesor? Según la última grabación bajarían a realizar el proceso de deshibernación.

—Nos hemos adelantado, Inger. La «Hibernación Baxxter» acoplada en los... ataúdes inicia por sí sola el proceso contrario. Al cesar los rayos "Ferrigs" comenzó la deshibernación. Por eso estamos libres sin necesidad de ayuda exterior. El programa se señaló para el día 10 de enero de 2009. Puede que ahora nos encontremos en Navidad.

—Se llevarán una sorpresa al vernos fuera del ataúd —rió Nikolai Musorgski.

El profesor denegó con un leve movimiento de cabeza.

—Nos comunicaremos antes con el exterior.

—¿Podemos hacerlo?

—Por supuesto. Las grabaciones del reproductor estaban destinadas precisamente a un posible despertar antes de lo previsto. Así nos han tenido informados del proceso seguido con nosotros. Hibernados en 1985. El día señalado para la liberación el 10 de enero de 2009.

—¿Llevamos aquí... veinte años?

La pregunta había sido formulada por Barbra Hyer.

Dub Hundar sonrió.

—Sí, Barbra. Veinte o veintidós años. Creo que hemos tenido suerte. Están ustedes curados de "Zooks" y, según las grabaciones, vamos a disfrutar de un mundo mejor al de 1985. El tiempo transcurrido no ha hecho mella en nosotros. Tenía veinte años al ser hibernada, ¿verdad, Barbra?

—Sí...

—Esa es su edad... ahora. Igual a la de antes. Su cuerpo no ha cambiado. Un maravilloso sueño, Barbra. Sigues disfrutando de tus encantadores veinte años. Puede incluso que encuentres a compañeras

de estudios de tu misma edad..., pero con cuarenta años. Ellas sí habrán envejecido pese a los posibles adelantos de los gerontólogos.

Todos rieron las palabras del profesor.

No.

Todos no.

Elliot Vogler permanecía serio. Sin alterar un solo músculo de sus impasibles facciones. El brillo de sus ojos se acentuó al abrir los labios y murmurar con ronca voz:

—Se equivoca, profesor. Llevamos aquí más de veintidós años.

Todos centraron su mirada en Vogler.

—¿Por qué dice eso? La última grabación fue hecha en 2007. En ella nos anunciaban el descenso para el año 2009. Al no aparecer significa que...

—¿Por qué no comprueba el reloj electrónico?

Dub Hundar arqueó las cejas.

—¿Cómo sabe que existe el reloj electrónico en Adhara?

—Compruébelo, profesor —replicó Vogler sin responder a la pregunta.

Hundar fue hacia el tablero de mandos. Pulsó un botón que hizo deslizar una delgada lámina descubriendo una esfera luminosa. El reloj electrónico señalaba hora, día, mes y año.

El profesor palideció.

La lectura indicada era imposible.

Las diez horas tres minutos del día 7 de marzo del año 2119.

¡Llevaban ciento treinta y cuatro años hibernados!

CAPITULO II

Se hallaban reunidos en una reducida sala del Adhara. Una mesa circular y sillas habían brotado del suelo automáticamente. El techo era una plancha de tenues electroluminiscencia.

Nikolai Musorgski bostezó ruidosamente.

—Tengo hambre.

—Muy lógico —sonrió Keenan Shawn—. Llevamos ciento treinta y cuatro años sin probar bocado.

La ironía no hizo gracia a Barbra Hyer. Esta era la única que parecía afectada por el extraordinario dato facilitado por el reloj electrónico.

—No diga eso..., el profesor Hundar está investigando. Puede que se trate de una avería en el mecanismo y el reloj dé una fecha falsa. Ciento treinta y cuatro años... Es absurdo...

—Eres tan bonita como tonta, Barbra —dijo Musorgski con nula galantería—. El Adhara fue diseñado para hibernar a seres inteligentes y de valía. ¿Qué haces tú aquí, muñeca? Shawn es un experto astronauta y de seguro que sabe manejar esta batinave. También yo lo haría. Vogler es un hombre misterioso y que, desgraciadamente, habla muy poco; pero no dudo que demostrará su poder de un momento a otro. El profesor Hundar es una mente superdotada. Inger, una valiosa y bella doctora del Congreso Internacional de Salubridad Mental, ¿Y tú, Barbra? ¿Por qué estás con nosotros? Yo te lo diré, pequeña. Eras la hija del vicepresidente Hyer. ¡Esa es tu única cualidad! Sucios capitalistas...

La carcajada de Keenan Shawn resonó en la estancia.

—Estás un poco desfasado, Nikolai. ¿Hablar de capitalismo en el año 2119? No seas ridículo.

—Nos comportamos como seres del año 1985. No conocemos aún nada del exterior..., aunque tienes razón. Apuesto a que el imperialismo yanqui ha desaparecido de la Tierra.

—¿Vencido por el proletariado ruso?

Inger Kerr se aproximó portando una bandeja que depositó sobre la mesa. Sus carnosos labios esbozaron una cordial sonrisa.

—¿Pueden dejar esa conversación? Al menos durante la comida.

Las miradas se posaron en la bandeja.

Alimentos envasados en recipientes de aluminio blando en forma de trípode. Carnes, legumbres, zumos...

—¿Está eso en buenas condiciones? —inquirió Musorgski suspicaz.

—Por supuesto. Los alimentos fueron radiados atómicamente y expuestos a la acción de isótopos radiactivos. Se conservan

indefinidamente sin necesidad de refrigeración. Los he analizado, pero si desconfía puedo proporcionarle una tableta concentrada.

—¡Al diablo con eso! Son insípidas. ¿Empezamos?

—Mejor esperar al profesor.

Nikolai Musorgski abrió uno de los envases.

—Hundar está muy ocupado manipulando en el reloj e intentando comunicarse con el exterior. De seguro no tiene hambre.

—Puedo llevarle algo de comer —se ofreció Barbra todavía turbada por las bruscas palabras que le dirigió Musorgski.

—Iremos juntas, Barbra.

Las dos muchachas abandonaron la pequeña sala.

Los ojos de Elliot Vogler siguieron el ondular de las caderas femeninas. Nikolai Musorgski se percató de ello y esbozó una sarcástica sonrisa.

—Maldita sea la hora en que me convertí en miembro de la Unión Internacional del Espacio. Tiene gracia... Rusos y americanos juntos para la conquista del espacio. Fue un error. Nosotros os aventajábamos. No necesitábamos a nadie.

—¿De veras? —en el rostro de Keenan Shawn también se reflejó una irónica mueca.

—Siempre hemos ido por delante. Tú lo sabes, Keenan. Desde el principio.

—Creo recordar que fue un tal Neil Armstrong el primer hombre en pisar la Luna. Y no era ruso.

—Para que eso ocurriera fue necesario que, ocho años antes, Gagarin pilotara el Vostok I.

De pronto les interrumpió la estridente risa de Elliot Vogler. Una carcajada ronca. Gutural. Inhumana.

Shawn y Musorgski le contemplaron perplejos.

—¿Qué diablos te ocurre?

—Tal vez le resulte graciosa nuestra conversación —comentó Shawn saboreando un zumo de tomate—. Lógico. Nos comportamos como chiquillos discutiendo algo que ocurrió hace más de cien años.

—Yo soy un hombre del año 1985. En esa fecha fui hibernado. Pienso y razono como se hacía en el año 1985. ¿Estamos en 2119? ¡Nos resultará difícil acostumbrarnos al nuevo mundo que nos espera!

Nuevamente la risa de Vogler resonó con fuerza.

Musorgski enrojeció.

—Le voy a...

—Cálmate, Nikolai.

—¡Al diablo! Me prometieron que en Adhara serían hibernados seres inteligentes. El proyecto fue americano. ¡Y una vez más se faltó a la palabra dada! Nos vemos acompañados de una niña estúpida y un sádico asesino de mujeres.

—Estamos con vida. Eso es lo importante.

Musorgski se incorporó furioso.

Las palabras de Shawn no parecieron calmarle.

—La hibernación en 1985 era un juego de niños. El primitivo método de someter hidrógeno, helio y argón a bajas temperaturas fue superado por los científicos rusos. El nuevo procedimiento de hibernación fue imitado por los poderosos EE. UU. Y yo, como un estúpido, me sometí a la decisión de UIE.

—No te ha ido mal, Nikolai. Ha resultado un éxito. No sólo el final de la hibernación, sino también la curación del "Zooks". Recuerdo que cuando fui hibernado apenas podía andar y mi mente razonaba torpemente." Ahora puedo moverme con pasmosa agilidad.

—Todo esto es muy extraño, Keenan. Espero con impaciencia los resultados del profesor Hundar. Si en verdad estamos en el año 2119..., ¿por qué no han acudido al Adhara? ¿Por qué nos han tenido abandonados durante más de un siglo? No comprendo el motivo de...

La risa de Vogler cortó por tercera vez las palabras de Musorgski. Este, incapaz de dominar su irritación, se abalanzó sobre él alzando su puño derecho.

No llegó a tocar a Vogler.

Nikolai Musorgski se detuvo bruscamente llevándose ambas manos a la cabeza y siendo impulsado de forma violenta contra la pared.

Nadie le había tocado. .

Elliot Vogler se había limitado a clavar en él su siniestra y diabólica mirada. Sus ojos, tras el fuerte destello, se eclipsaron quedando inexpresivos.

Shawn acudió junto a su compañero.

—Nikolai..., ¿qué te ha ocurrido?

Musorgski se sujetaba con las manos la cabeza. Le parecía próxima a estallar y todo giraba a su alrededor.

,—No sé..., fue como un mazazo en el cráneo..., una fuerza misteriosa e invisible me empujó con violencia...

Elliot Vogler se había incorporado. Se pasó el dorso de la mano por los labios a la vez que contemplaba con indiferencia al caído.

—No lo vuelvas a intentar, Nikolai.

—¿Has... sido tú?

—En efecto —respondió Vogler con su característica y gutural voz—. Si intentas de nuevo atacarme morirás, Nikolai. Puedo hacerlo sin tocarte..., puedo matarte con una simple mirada...

*

Diminutas gotas de sudor perlaban la frente de Dub Hundar.

Continuaba manipulando en los mandos de las pantallas

telescopicas y con los sintonizadores. Su esfuerzo no fue recompensado con el éxito.

Se volvió con lentitud para dirigir una mirada a sus expectantes compañeros.

—Nada..., no logro establecer comunicación con el exterior.

—¿Funcionan todos los mandos? —preguntó Keenan Shawn.

El profesor asintió con cansino gesto.

—A la perfección. Adhara es una batinave modelo. Se han diseñado diodos de plasma que, a la temperatura de fisión atómica de 2.482 grados, generan electricidad directamente sin necesidad de generadores. Se ha creado un proceso de conversión termiónica que obtiene electricidad del núcleo. Ello ha logrado mantener Adhara en funcionamiento por espacio de ciento treinta y cuatro años.

—¿Entonces...?

—Sí, amigos. La lectura del reloj electrónico es correcta. No es posible el fallo o error. Hoy es el 7 de marzo de 2119. Nuestra hibernación ha durado ciento treinta y cuatro años.

No se sorprendieron.

Únicamente Barbra Hyer, que albergaba la esperanza de un error, nubló sus verdes ojos inclinando la cabeza y esforzándose en contener el llanto.

—¿Cómo ha tenido lugar el fin de la hibernación, profesor?

—Muy sencillo, Keenan. Según las explicaciones proporcionadas por el reproductor, eran necesarios diez años para la completa curación del "Zooks". Esta se realizó en estado de hibernación.

—Pero los diez años...

Dub Hunder alzó levemente las manos para interrumpir las palabras de Inger Kerr.

—Lo sé. Eran diez años a partir de 2007. Puede que en el 2017 estuvieran ustedes curados; pero nadie bajó al Adhara para acelerar y poner fin al proceso de hibernación.

—¿Por qué? ¿Por qué nos han tenido abandonados por espacio de un siglo?

—Lo ignoro, amigos. Lo cierto es que ciento treinta y cuatro años es tiempo suficiente para que la «Hibernación Baxxter» cese por completo. Puede que se iniciara el proceso inverso hace unos veinte o treinta años.

—Bonita broma —masculló Musorgski añadiendo una soez imprecación—. ¡Olvidados como perros sarnosos!

Dub Hunder mesó sus cabellos. No pudo evitar un leve temblor en su mano derecha.

—Algo ha ocurrido en el exterior. No es lógico un olvido de tantos años. Es incomprensible la demora.

—Adhara no es una batinave fija —comentó. Keenan Shawn—.

Puede que se desplazara de su base. Tal vez perdieron el contacto con nosotros o les resultara imposible descender.

El profesor denegó con un movimiento de cabeza.

—No, Keenan. Eso es absurdo. Adhara fue diseñada en 1985 tras largo período de estudio. Los adelantos científicos permiten un acceso a nosotros. Máxime después de pregonar el reproductor que se dominaba el espacio, la técnica... Las grabaciones posiblemente fueron hechas desde el exterior y estoy convencido que seguían nuestro proceso desde el centro-control. Adhara fue situada, efectivamente, sobre una plataforma fija; pero con posibilidad de abandonarla y convertirse en batinave dispuesta a surcar los océanos. Esto no ha ocurrido. Continuamos fijos en la base, aunque podemos salir a la superficie por nuestros propios medios.

—¡Diablos! ¿Por qué no lo hacemos?

La súbita exclamación de Nikolai Musorgski dibujó una amarga mueca en el rostro del profesor.

—Tengo miedo.

—¿Miedo? ¿De qué?

Dub Hundar volvió a manipular en los sintonizadores. Su rostro permanecía surcado por marcadas arrugas que delataban honda preocupación.

—Estos sintonizadores son de alcance ilimitado. Funcionan a la perfección. Sin embargo, no consigo establecer contacto con el exterior. Ningún sonido. No capta emisor alguno. Nada. En el exterior todo es silencio.

—Nuestro amigo Elliot tal vez pueda ayudarnos —dijo Keenan Shawn—. Tiene ciertos... poderes.

Las miradas se posaron en Elliot Vogler esperando una respuesta. La demoró largos y expectantes segundos. Casi sin mover los labios contestó con gutural voz. Sin alterar su sempiterna impavidez:

—Nada sé.

—Lo del reloj electrónico...

—Conozco el manejo de Adhara igual o mejor que usted, profesor —murmuró Elliot Vogler acentuando el siniestro brillo de sus ojos—. No le explicaré cómo he logrado esos conocimientos. Es mi secreto. Del exterior... nada sé.

Quedaron momentáneamente en silencio. Fue roto por Dub Hundar.

—¿No quiere ayudarnos, Vogler? Se encuentra en igual situación que nosotros. Su colaboración... —Nada sé.

El profesor terminó por encogerse resignadamente de hombros.

—Bien... Iniciaremos el viaje hacia la superficie. Es la única solución para poder «salir de dudas.

—Cuanto antes, profesor —rio Musorgski algo nervioso—.

Empiezo a padecer claustrofobia. Por nada del mundo me gustaría permanecer el resto de mis días en esta lata de sardinas.

Dub Hundar pareció algo molesto por el comentario. Adhara, creada y diseñada por él, estaba muy lejos de ser una «lata de sardinas».

—En esta batinave tenemos equipos de respiración artificial, armas especiales, alimentos, medicamentos...

—Estaremos mejor en la superficie, profesor. En tierra firme. No somos peces.

Hundar esbozó una sonrisa.

—Por supuesto, amigos. Vamos a reintegrarnos a nuestro mundo. A ese mundo maravilloso que nos espera...

Todos sonrieron.

Incluso Elliot Vogler.

Ignoraban que iban hacia un mundo de terror y muerte.

CAPITULO III

La batinave Adhara estaba formada por dos semiesferas unidas por un ancho túnel de comunicación. En una de las esferas, la destinada a albergue de tripulantes, se encontraba la sala de hibernación junto con el aparato de rayos "Ferrigs". La segunda semiesfera estaba destinada al cuarto de máquinas y sistemas de telecomunicación.

Todos se hallaban en esta última.

Nikolai Musorgski controlaba el aparato de radar. El profesor Hundar, auxiliado por Keenan Shawn, realizaba la operación de desenlace de la base-plataforma. Elliot Vogler, pese a haber afirmado su perfecto conocimiento del Adhara, no fue requerido por el profesor. Su extraño y misterioso comportamiento no inspiraba confianza.

La batinave nuclear inició el ascenso. Al mismo tiempo comenzó el proceso de descompresión.

Dub Hundar tenía la mirada fija en una de las pantallas.

—Keenan...

—Diga, profesor.

—¿Se ha dado cuenta? Apenas existen peces..., la fauna es muy reducida. Sólo he visto a unos peces deformes semejantes al águila de mar. La vegetación también es casi nula. Todo parece muerto. Sin vida...

—Puede que sea característico de esta zona.

—Es muy extraño... Nos aproximamos a la superficie. Ni tan siquiera las algas hacen su aparición.

Todos habían fijado la mirada en la pantalla.

El espectáculo submarino, de por sí multicolor y apasionante, se limitaba a unos aislados y deformes peces que se deslizaban torpemente en las verdes aguas. Incluso las profundidades del mar habían perdido su tono azulado.

El Adhara continuó ascendiendo.

Dub Hundar desvió los ojos de la pantalla para centrar su atención en las operaciones finales de la emersión.

Todo se produjo con normalidad.

Los mandos respondieron perfectamente y la batinave surgió de entre las aguas con majestuosidad. No se abrió de inmediato la compuerta que conducía al exterior. Debía prolongarse la descompresión.

Por indicación del profesor Hundar fueron todos sometidos a un examen físico. Inger Kerr lo realizó en la sala de hibernación. Allí contaba con aparatos médicos adecuados y medicamentos más

indispensables.

Acudieron de uno en uno.

Barbra Hyer fue la primera en someterse al examen. Por orden de Inger se despojó del traje de fibra. Era su única vestimenta. El seductor y escultural cuerpo de la joven sólo pudo ser admirado por la doctora Kerr. Esta realizó un concienzudo reconocimiento.

—Te encuentras perfectamente, Barbra. Un poco nerviosa, pero en las actuales circunstancias lo considero lógico y normal. También yo tengo los nervios a flor de piel.

—Tú..., tú eres distinta.

Inger Kerr dibujó en su bello rostro un leve estupor.

—¿Qué quieres decir?

—Musorgski tiene razón al decir que no me corresponde estar en el Adhara. Me encuentro... desplazada. Dominada por el miedo. Más que una ayuda soy un estorbo. En nada puedo colaborar porque nada sé.

—Musorgski es un estúpido. Voy a ser sincera contigo, Barbra. Ninguno de nosotros está aquí por méritos. ¿Recuperarnos por el bien de la ciencia? ¡Tonterías! Nos han utilizado como conejos de Indias. Eso es lo que han hecho.

Barbra no pareció muy convencida de aquellas palabras de ánimo. Sus piernas de largos y esbeltos muslos se embutieron por el traje ciñendo sus caderas. Manipulaba en el cierre superior cuando se abrió la puerta de la sala.

Keenan Shawn, bajo el umbral, dudó unos segundos. Luego avanzó sonriente. Con los ojos fijos en Barbra.

La muchacha pugnaba por subir cuanto antes el cierre del traje. El nacimiento de sus túrgidos senos hizo tragar saliva a Shawn.

—Creo que he llegado muy oportunamente.

—Demasiado, Keenan —le reprochó Inger con falsa irritación—. No te he llamado.

Keenan Shawn, sin apartar la mirada del prominente busto de Barbra, amplió la sonrisa.

—¿No? Juraría que se encendió el indicador de la puerta.

—Eres un mentiroso, Keenan. Te has adelantado deliberadamente. En fin... Tú ya puedes retirarte, Barbra.

El rostro de la muchacha se había bañado de un suave rubor. Con timidez abandonó la estancia.

—Pobre Barbra...

Shawn arqueó las cejas al escuchar el comentario de Inger Kerr.

—¿Por qué?

—Se encuentra desplazada entre nosotros. Aturdida por todo cuanto ocurre y que su mente no comprende.

—Tampoco yo. Eso de estar en el año 2119 no me entra en la

cabeza. Aunque pronto se solucionarán todas las dudas. El profesor espera tu informe sobre nuestro estado físico para salir a la superficie.

Los aparatos electrónicos instalados en la sala de hibernación del Adhara contribuían a que el examen se efectuara con rapidez. El analizador automático, el «cardiac-monitor»...

Keenan Shawn pasó por los distintos instrumentos médicos sin delatar mal o enfermedad alguna.

—Todo en orden, Keenan.

—Lo dudo. En este preciso momento me encuentro muy mal, Inger. Dominado por un extraño impulso que...

Shawn abarcó a la muchacha por la cintura atrayéndola contra sí y besándola con fuerza en los labios.

Inger, sorprendida por el súbito beso, demoró unos segundos su acción de rechazar a Keenan Shawn.

—Eres..., eres...

Shawn sonrió encaminándose hacia la puerta.

—Ya me encuentro mucho mejor, Inger. Tu terapéutica es fantástica.

—Keenan...

Shawn, ya junto a la puerta y dispuesto a dejar la sala, se volvió.

—¿Sí?

—¿Quién es el siguiente...? ¿Vogler?

—Creo que sí. ¿Le tienes miedo?

La joven doctora no se avergonzó de reconocerlo.

—Un poco.

—Estaré cerca de aquí, Inger.

—Gracias, Keenan.

Al quedar sola, Inger Kerr se retorció nerviosamente las manos. Era absurdo aquel temor, pero no podía evitarlo. Los diabólicos ojos de Vogler le producían escalofríos. La muchacha realizó unos apuntes en la ficha de Keenan Shawn y borró la lectura de los aparatos electrónicos dejándolos en condiciones para una nueva medición.

De pronto quedó rígida.

Escuchando un entrecortado jadear a su espalda y presintiendo que era observada. Se volvió con rapidez.

Sus ojos se encontraron con los de Elliot Vogler. El terror que se reflejó en el rostro de la joven le hizo sonreír.

—¿Qué le ocurre, Inger? ¿Por qué me tiene miedo?

—Yo..., yo no...

—Se lo ha dicho a Shawn.

El miedo se hizo más patente en Inger.

—¿Cómo sabe...?

—Eso no importa, Inger. Nada tienes que temer de mí. ¿Acaso te asusta encontrarte a solas con un asesino de mujeres? Fui

electrocutado por mis crímenes, Inger. ¿No recuerdas los periódicos de Nueva York en 1985? Todos hablaron de mí. Elliot Vogler, culpable de la muerte de quince mujeres, ejecutado en la silla eléctrica. Justo castigo. Fue un acierto que en 1980 se implantara de nuevo la pena de muerte. Pero yo he vuelto a la vida.

Inger Kerr inspiró profundamente haciendo resaltar aún más sus erectos senos. Sospechó que Vogler trataba de atemorizarla. Ella, por sus amplios conocimientos en el Consejo Internacional para la Salubridad Mental, no debía dejarse intimidar.

—Estoy convencido de que todo tiene una explicación lógica, Vogler.

—¿De veras?

—¡Por supuesto! No creo en fantasmas ni en muertos que vuelvan a la vida. Elliot Vogler fue ejecutado en Nueva York. Su cadáver desapareció del depósito y más tarde fue...

—Más tarde apareció con vida en un laboratorio de Los Ángeles, California.

—Apareció una persona muy parecida a Elliot Vogler,
El hombre rio guturalmente.

—¿Con iguales huellas dactilares? La policía lo comprobó minuciosamente. Puedo demostrarte que...

—No es el momento, Vogler —interrumpió Inger que de nuevo experimentaba sensación de terror. Procuró sobreponerse—. Debo hacerle un examen médico. Lo demás me tiene sin cuidado.

Elliot Vogler volvió a sonreír en desagradable mueca. Sus satánicos ojos acentuaron el brillo al contemplar los instrumentos electrónicos.

—¿Con estos aparatos piensas realizar el reconocimiento médico? Ninguno funcionará, Inger.

La muchacha hizo caso omiso y ajustó el «cardiac-monitor» a Elliot Vogler. La máquina electrocardiográfica no efectuó indicación ni trazado alguno.

Aquello hizo retroceder a Inger, que palideció aturdida.

¡El corazón de Elliot Vogler no emitía ningún latido!

*

Todos, a excepción del profesor Hundar, habían sido sometidos al examen médico de Inger Kerr. En ninguno se encontró vestigios de "Zooks". Pulso, respiración, temperatura, presión sanguínea, células tumorales...

Todo en orden.

No...

No todo se había realizado con normalidad.

Allí estaba el enigma de Elliot Vogler.

Inger le había catalogado como un «cadáver viviente». Tal y como había asegurado, ninguno de los aparatos funcionó. Una fuerza misteriosa inmovilizaba los mandos de los instrumentos electrónicos.

Inger Kerr, tras esperar infructuosamente la visita del profesor Hundar, abandonó la sala de hibernación encaminándose al cuarto de máquinas. Allí se ultimaba la operación de emersión.

Dub Hundar era auxiliado por Musorgski y Shawn. Vogler y Barbra permanecían distanciados del tablero de mandos. Como simples espectadores. Habían cambiado sus trajes sintéticos por otros antirradiativos.

—Profesor...

Hundar se volvió.

—¿Qué ocurre, Inger? —al ver a la muchacha con el traje de fibra, se irritó exclamando malhumorado—:

¿Qué haces todavía así? ¡Ordené a todos colocarse el equipo antirradiativo!

—Le estaba esperando en la sala de hibernación para el examen, profesor. No ha sido sometido a reconocimiento y...

—¡Me encuentro perfectamente!

—Eso debo decirlo yo, profesor.

—Bien, bien..., más tarde me someteré a su examen. Ahora no puedo abandonar esto. El proceso de descompresión ha concluido. De un momento a otro abandonaremos estas tinieblas para disfrutar de la luz del sol.

—Pero...

—Por favor, Inger. Póngase el traje antirradiativo.

Inger Kerr quería hablarle del extraño fenómeno acontecido con Vogler, pero comprendió que no era el momento oportuno. El profesor estaba demasiado ocupado. Dejó atrás el cuarto de máquinas con presuroso paso. El túnel de comunicación la llevó a la contigua semiesfera. Se adentró en el primer compartimento destinado a almacén de alimentos, armas y vestuario.

Cerró tras de sí la puerta e incluso accionó el pasador manual.

Inger se despojó del ceñido traje de fibra. De uno de los armarios extrajo una especie de peto metálico, plateado, y unos reducidos pantalones. Se ajustó las dos prendas. Cuando se disponía a desempacar el equipo antirradiativo, presintió que no estaba sola.

Un sexto sentido se lo advirtió.

Giró con rapidez.

La sorpresa dominó al terror quedando ahogado el grito que se inició en su garganta. Instintivamente retrocedió.

Vogler estaba allí.

Ante ella.

Sus brillantes ojos recorrían lascivos el cuerpo de la mujer. El plateado peto no llegaba a cubrir por completo los erectos senos de Inger. La cintura al descubierto. Los reducidos pantalones permitían admirar sus bronceados muslos.

—¿Cómo..., cómo ha logrado entrar? Yo misma cerré la puerta con el pasador manual..., es imposible...

Elliot Vogler sonrió avanzando lentamente.

—Nada es imposible para mí, Inger. Puedo leer tus pensamientos. No quiero que comuniques al profesor Hundar lo ocurrido en la sala de hibernación. Mi examen médico fue correcto. Normal.

—¿Quién... es usted?

—Tenemos que volver con los demás, Inger —respondió Vogler sin contestar a la pregunta formulada—. Nada le dirás al profesor... nada... Olvidarás lo ocurrido en la sala de hibernación, desaparecerá de tu mente...

Inger quiso apartar su mirada de los demoníacos ojos de Elliot Vogler.

No lo consiguió.

Tampoco gritó al ver cómo los ojos de Vogler se ponían en blanco. Como dos diminutas y níveas esferas. Las manos del hombre aprisionaron los hombros femeninos para luego deslizarse por la espalda y sujetar la desnuda cintura.

La atrajo contra sí.

Elliot Vogler aproximó su rostro.

Buscando los labios de Inger.

La muchacha no opuso resistencia. Cuando los labios de Vogler se unieron a los de ella correspondió a la caricia con violenta pasión.

Dominada por el misterioso poder de Elliot Vogler.

CAPITULO IV

La compuerta se abrió automáticamente.

Dub Hundar, olvidando las más elementales normas de galantería, se adelantó a las dos mujeres y fue el primero en introducirse en el tubo-elevador. El disco móvil le depositó sobre la cubierta del Adhara. El profesor no pudo ocultar su emoción al percibir la claridad del día. Al descubrir sobre lo alto la luminosa esfera del sol.

Inger y Barbra hicieron seguidamente su aparición en cubierta. Ocultando la perfección de sus cuerpos bajo el equipo antirradiactivo. Nikolai Musorgski fue el último en salir del tubo-elevador.

Quedaron todos en silencio.

Dominados por la emoción del momento.

Aquello era como volver a la vida. Ver de nuevo la luz del sol tras largos años de tinieblas.

Keenan Shawn portaba en sus manos un aparato semejante al primitivo contador Geiger. Su voz, aunque deformada por el capuchón protector, sonó perfectamente audible.

—Normalidad, profesor. Lectura «R-Cero».

Hundar sonrió.

—Radiactividad nula... Bien, amigos. Podemos quitarnos el disfraz. Obedecieron de buen grado.

En el sudoroso rostro de Musorgski se reflejó una amplia sonrisa a la vez que inspiraba profundamente. Bajo el equipo antirradiactivo lucía un traje de tela sintética azul brillante.

—¡Ah...! ¡Magnífico!... Me estaba asando... Hace un calor infernal.

—Cuarenta y dos grados —concretó Inger consultando un medidor de pulsera. La joven doctora, al despejarse del equipo protector, había quedado con el reducido dos piezas. El peto plateado y el sucinto pantalón dejaban poco para la imaginación. Su cuerpo era diabólicamente seductor.

Nikolai Musorgski la contempló con vidriosos ojos. Se acentuó la sequedad de su garganta, máxime teniendo en cuenta que también Barbra lucía el atrevido dos piezas. Ambas muchachas rivalizaban en belleza.

—¿Estamos en el Pacífico, profesor? —preguntó Inger Kerr.

—En efecto. Adhara fue emplazada a ocho mil metros de profundidad, en un lugar cercano a la Micronesia.

—¿Ocho mil metros? —Keenan Shawn arqueó las cejas perplejo—. Creo que sufre un error, profesor. La batinave sólo ha ascendido los cinco mil. Cinco mil doscientos diez para ser exacto. Yo mismo controlé la...

—Adhara fue sumergida a ocho mil metros —interrumpió Dub Hundar con grave voz. Tras una breve pausa, añadió—: Aunque es cierto que el trayecto de ascenso quedó reducido a los cinco mil doscientos diez.

—¿Por qué?

El profesor mesó sus cabellos en nervioso ademán.

—No lo sé... Es otro de los misterios que debemos solucionar. Adhara quedó fija a una base. A ocho mil metros de profundidad. No pudo desplazarse. Sin embargo...

—Tal vez bajó el nivel de las aguas —murmuró Inger no muy convencida de sus palabras.

—¿Tres mil metros? ¡Absurdo!

—¿Encuentra alguna otra explicación al fenómeno?

Dub Hundar guardó silencio.

No.

Ninguna explicación para los misteriosos sucesos que acontecían en el Adhara. También resultaba incomprensible aquella hibernación de ciento treinta y cuatro años. Aquel olvido de más de un siglo...

—Es extraño...

Todos se volvieron hacia Keenan Shawn. Este permanecía con la mirada fija en el luminoso sol. Sin parpadear.

—¿Qué ocurre, Keenan?

—Dada la posición del sol deben ser las doce horas. Ninguna nube lo oculta. Sin embargo podemos mantener la mirada fija en él.

Alzaron la cabeza para posar sus ojos en el astro rey. Los rayos del sol carecían de virulencia. No tenían fuerza. El ojo humano podía soportarlos con impasibilidad.

—Cierto... No comprendo el fenómeno —susurró Hundar aturdido por los inexplicables sucesos—. El sol no tiene fuerza, sin embargo el calor es asfixiante.

—Su luminosidad sí es potente, profesor —argumentó Musorgski—. Lo sorprendente es que podamos contemplarlo sin tan siquiera parpadear. Sin el menor daño para los ojos.

Las arrugas se acentuaron en el rostro de Dub Hundar ensortijándose unas con otras. Sus manos no evitaron un leve temblor.

—Amigos, algo extraño y misterioso sucede. La mejor solución es ponernos cuanto antes en contacto con un lugar civilizado. Los sintonizadores están funcionando en toda su potencia sin dar resultados positivos. Nadie contesta a nuestras llamadas. Por lo tanto ya he trazado la ruta a seguir. Dada nuestra posición, y con la batinave a la máxima velocidad, alcanzaremos una de las islas de la Micronesia antes de diez horas.

—¿Bajo el mar?

—Por supuesto. En la superficie la velocidad del Adhara es más

limitada. Vamos a realizar la operación de inmersión y...

Un espeluznante y súbito alarido de terror interrumpió al profesor. Barbra, con el rostro desencajado, contemplaba a Elliot Vogler.

Su grito estaba justificado.

Vogler tenía los ojos en blanco y en su rostro se reflejaba una demoníaca mueca. Permanecía rígido. Paulatinamente sus facciones se suavizaron, perdió la inmovilidad y sus ojos tornaron a la normalidad.

Sonrió.

—No es necesaria la inmersión, profesor. —¿Por qué?

—Encontraremos tierra firme a poca distancia de aquí.

Elliot Vogler había dado sobradas pruebas de poder. Por eso sus palabras fueron tomadas en consideración por Hundar.

—¿Está seguro, Vogler? He estudiado con detenimiento nuestra posición. La isla más cercana se encuentra a... —Cuarenta millas.

El profesor Hundar parpadeó estupefacto.

—Es... es imposible... los sintonizadores hubieran captado cualquiera de las ondas en distancia tan insignificante.

—Tal vez se trate de una pequeña isla deshabitada —dijo Keenan Shawn—. Sin estar señalizada en los mapas.

Elliot Vogler denegó con un lento y teatral movimiento de cabeza.

—Es extensa. Puede incluso que no se trate de una isla.

Todas las miradas se posaron inquisitivas en Vogler. Empezaron a dudar de sus palabras.

Nikolai Musorgski reaccionó riendo en fuerte carcajada.

—¡Puede que de un momento a otro divisemos la estatua de la Libertad! Nada importa que nos encontremos en mitad del Pacífico. ¿No es cierto, Vogler?

Elliot Vogler hizo caso omiso al irónico comentario. Clavó su fría y satánica mirada en Hundar.

—¿Qué decide, profesor?

—¿Cuarenta millas?

—Correcto.

—¿Dirección?

—¡Maldita sea, profesor! —Exclamó Musorgski—. ¿Va a seguir las indicaciones de este loco?

El rostro de Dub Hundar se ensombreció a la vez que lanzaba una severa mirada de reproche al ruso.

—Yo dirijo Adhara, Nikolai. Nada perdemos con desviarnos cuarenta millas. Vogler puede tener razón... o sufrir un error. Preferiría lo último. Encontrar un lugar civilizado a cuarenta millas de aquí significaría que la Tierra ha experimentado considerables transformaciones en estos ciento treinta y cuatro años que hemos permanecido hibernados. Lo único cierto es que Elliot Vogler ya nos

ha sorprendido con sus misteriosos conocimientos. ¿Por qué no hacerle caso? Cuarenta millas se pueden recorrer con facilidad y sin necesidad de inmersión.

El profesor Hundar manipuló en el mando-control portátil que accionaba los mecanismos a distancia sin tener que descender a la sala de máquinas. Dirigió una significativa mirada a Vogler. Este se aproximó con lentitud para indicar el rumbo a seguir.

La batinave inició la marcha deslizándose con suavidad sobre las aguas.

Camino hacia el infierno.

Elliot Vogler volvió a acertar una vez más.

Cuando la batinave Adhara llevaba recorridas veinte millas se divisó tras el horizonte la lejana franja de terreno. Paulatinamente se fue acrecentando a medida que la embarcación se aproximaba a la costa.

Todos permanecían en silencio.

Contemplando estupefactos aquella extensión de terreno.

—¿Una isla, profesor? —preguntó Inger con tenue voz.

—Sí..., tiene que serlo —respondió Dub Hundar no muy convencido—. No es la primera que surge de entre las aguas. Por este motivo ignoraba su existencia. Ciento treinta y cuatro años es mucho tiempo. Temo que nos esperan grandes sorpresas.

Nikolai Musorgski, cuyo mal humor iba en aumento, paseaba nerviosamente por la reducida cubierta.

—¿Por qué diablos no acuden a recibirnos? Desde el centro-control deben saber que Adhara ha abandonado

la plataforma. ¿Por qué no se comunican con nosotros? ¿Por qué no responden a nuestras llamadas?

El profesor inclinó la cabeza.

—Los sintonizadores siguen funcionando a la perfección, pero sin captar ningún emisor. Todos estos sucesos que nos parecen inexplicables de seguro tendrán una respuesta lógica. Un poco de paciencia, amigos. No es prudente dejarnos llevar por el nerviosismo.

—No hay nadie en la playa, profesor —dijo Keenan Shawn contemplando la costa con potente cámara de aumento—. Ningún signo de vida.

—Vamos a desembarcar. Adhara puede llegar hasta la misma arena de la playa.

La batinave se fue aproximando a la costa reduciendo poco a poco su velocidad. Sus ocupantes contemplaban en silencio la extensa franja de terreno. Tal y como había asegurado Shawn, ningún signo de vida en la playa.

—Sujétense con fuerza.

La orden de Dub Hundar fue cumplida.

La batinave tomó contacto con la arena abandonando las aguas. Se adentró unas veinte yardas en la playa hasta detenerse con súbita brusquedad.

—Es imposible avanzar más —comentó Hundar cerrando el contacto del mando a distancia y paralizando el control automático—. No obstante Adhara quedará fija en la arena. Sin peligro a un posible desplazamiento.

Nikolai Musorgski fue el primero en saltar a tierra.

Rio en estridente carcajada.

—¡Le felicito, profesor! Su «lata de sardinas» es algo fuera de serie.

Keenan Shawn mostró más galantería que su compañero ayudando a las dos muchachas a descender. Sus manos se posaron más tiempo del debido en la cimbreante cintura de Barbra.

Elliot Vogler, sin abandonar el siniestro brillo de sus ojos, se inclinó para coger un puñado de arena. La dejó resbalar lentamente por entre los surcos de sus dedos.

Hundar, el último en descender de la batinave, se aproximó sin poder ocultar en su rostro una mueca de leve irritación.

—¿Alguna nueva y sorprendente novedad, Vogler? ¿Qué ocurre ahora? ¿Arena radiactiva tal vez?

Elliot Vogler sonrió ante la marcada ironía del profesor.

—Puede analizarla. ¿No encuentra un color extraño?

—Pues... algunas tonalidades verdosas, aunque no uniformes. Posiblemente debidas a los efectos del mar, del sol... No obstante seguiré su consejo, Vogler. Más tarde la analizaré en el laboratorio del Adhara.

Keenan Shawn y las dos muchachas habían alcanzado unas cercanas dunas. Desde allí hicieron señas a los que quedaron junto a la batinave.

Musorgski avanzó a grandes zancadas.

El profesor y Vogler acudieron subiendo con dificultad las pronunciadas dunas. Ofreciendo un fuerte contraste a la agilidad demostrada por Musorgski.

Keenan Shawn les esperaba con una sonrisa a flor de labios. Extendió su brazo derecho.

—Arboles, profesor.

—Es un consuelo encontrar algo de vida —sonrió también Inger.

—Cierto...

Shawn frunció el ceño ante el poco entusiasmo exteriorizado por el profesor.

—¿Ocurre algo?

Elliot Vogler, con su gutural y ronca voz, se adelantó a la posible respuesta de Hundar.

—Unos simples árboles nada significan. Sólo sirven para atestiguar

nuestros temores. Para demostrar una cruel realidad.

—No comprendo...

—Puede alzar su mirada al cielo. ¿Encuentra algún pájaro? ¿Y en las ramas de los árboles?

Las palabras de Vogler eran ciertas.

Ningún ave sobrevolaba la zona. Ni el más insignificante pájaro se posaba sobre las ramas de los árboles. Todo parecía dominado por la fría mano de la muerte.

CAPITULO V

Keenan Shawn y Barbra permanecían en la playa. Junto a la batinave. El resto de la tripulación se encontraba en el interior de Adhara.

Barbra se había dado un leve chapuzón para paliar el intenso calor reinante. Diminutas gotas de agua resbalaban por su bronceada piel. La muchacha sonrió algo turbada por la insolente mirada de Shawn.

—El calor es sofocante...

—Lamento tener el equipo puesto. Me hubiera gustado darme un baño contigo, Barbra.

La joven pasó por alto aquellas palabras y señaló con curiosidad el aparato que Shawn llevaba acoplado a la espalda.

—¿Para qué sirve?

—Para volar. Nikolai y yo vamos a explorar la zona. Es necesario saber dónde nos encontramos.

Musorgski hizo en ese momento su aparición sobre la cubierta del Adhara. De ágil salto cayó sobre la arena de la playa. A su espalda llevaba un aparato semejante al de Shawn.

—Tiene gracia... En el año 2119 y utilizando un artefacto del 1985. Recuerdo que un par de años antes de ser hibernado, estos aparatos comenzaban a causar verdadero furor.

—Ahora nos serán de utilidad, Nikolai.

—Si encontramos un lugar civilizado se reirán al vernos llegar. De seguro estos aparatos voladores ya han sido superados por otros más prácticos y que alcanzan mayor velocidad.

—No dudo que los científicos rusos hayan encontrado algo mejor.

El sarcasmo de Shawn no pasó desapercibido.

Musorgski también sonrió.

Aquellos aparatos de propulsión a chorro con equipo construido de fibra de vidrio y un motor de peróxido de hidrógeno de doble tobera, eran un invento americano. Un acelerador de mano semiautomático controlaba la velocidad, dirección y la altura.

—Ya sé que llevamos un invento americano, Keenan. Precisamente por eso dudo de su eficacia.

El tubo-elevador depositó a Dub Hundar sobre cubierta. El profesor, con un maletín en su diestra, descendió por la rampa.

—¿Están preparados?

—Sí, profesor —respondieron Shawn y Musorgski al unísono.

—Bien. Llevan un equipo transmisor. Pueden hablar entre sí y ponerse en contacto conmigo. Manténgame informado de cualquier descubrimiento importante. Permaneceré a la escucha todo el tiempo.

Hundar abrió el maletín.

Dentro brillaron dos pistolas de grueso cañón formado por anillas unidas unas a otras. La culata era pequeña y el gatillo ancho.

—¿Conocen el modelo?

Musorgski sonrió atrapando una de las armas.

—Una «Zieman 82» alemana. Magnífica pistola, profesor. ¿Cómo las ha conseguido?

—Ya les advertí que Adhara está muy bien surtido. Puede que les sea de utilidad. He colocado el dispositivo en «punto verde».

Nikolai Musorgski contempló más detenidamente la «Zieman 82». Al principio del cañón se veían dos diminutos círculos. Rojo y verde. El indicador señalaba el punto verde.

—Potencia insensibilizadora... ¿Por qué, profesor?

—Tienen que actuar con prudencia. Si son obligados a utilizar la «Zieman 82» no quiero que causen muertes. Buena suerte.

Musorgski iba a hacer algún comentario, pero en última instancia optó por guardar silencio.

Keenan y Barbra intercambiaron una mirada.

La joven le dirigió una sonrisa acentuada por el brillo de sus verdes ojos.

—Quiero comunicación cada treinta minutos.

—La tendrá, profesor.

Shawn y Musorgski caminaron unas yardas antes de poner en funcionamiento el equipo elevador. Los dos hombres ascendieron lentamente en vertical. Poco a poco se fueron distanciando de la playa hasta quedar convertidos en dos diminutos puntos. Paulatinamente aumentaron la altura y la velocidad por medio del acelerador manual. En un principio sobrevolaron las extensas dunas que circundaban la playa. Dado el ruido del motor se vieron obligados a utilizar el radio-transmisor portátil para comunicarse entre sí.

—¡Eh, Keenan!... ¿Qué opinas?

—Dudo que se trate de una isla.

—Estoy de acuerdo, compañero. Según el profesor es imposible el encontrarnos en la Micronesia. La única solución es catalogarla como una tierra ganada al mar.

—Demasiado extensa, Nikolai.

—No hay otra explicación. El terreno recorrido hasta el momento es árido, falto de vegetación y con ausencia de animales. Puede que tras aquellas montañas encontremos algo mejor.

Los dos hombres continuaron sobrevolando la zona. Aumentaron la velocidad. Dos altas y pelada montañas formaban un estrecho paso. Descendieron a la vez que aminoraban también la velocidad para adentrarse en el desfiladero.

Las palabras de Musorgski resultaron proféticas.

Tras aquellas agrestes montañas el paisaje era distinto. El terreno aparecía poblado de pequeños arbustos. El valle era dividido por un río de caudalosas aguas que parecía nacer de un lejano y frondoso bosque.

Keenan Shawn hizo la señal de descenso.

Minutos más tarde los dos hombres se posaban a poca distancia del río. Los motores del aparato elevador fueron desconectados.

En el valle reinaba un sepulcral silencio.

Silencio y soledad.

Nikolai Musorgski se inclinó bebiendo en el río.

—Agua dulce... aunque tiene un extraño sabor. No sé definirlo. Creo que...

—¡Mira allí, Nikolai! —exclamó Shawn interrumpiendo a su compañero—. ¡Huellas! ¡Huellas humanas!

A pocas yardas, y junto a la orilla del río, destacaban las huellas mencionadas por Shawn.

Muy recientes.

—Por el tamaño deben pertenecer a un hombre. Zapatos de suelas muy finas, sin tacón... o tal vez descalzo.

—Parecen ir hacia el bosque.

Musorgski extrajo de la funda de la «Zieman 82». Manipuló en el indicador de potencia hasta situarlo sobre el círculo rojo.

—¿Por qué has hecho eso?

El ruso sonrió en cruel mueca.

—Cuando utilizo un arma no quiero que mi enemigo vuelva a levantarse. Insensibilizarlo por unas horas es absurdo. Ahora, cada disparo de la «Zieman 82» será mortífero.

—¿A quién esperas encontrar?

—Lo ignoro, Keenan. Precisamente por eso quiero ir preparado. Enemigo muerto no vuelve a importunar. Es mi método.

—Procura dominar tus impulsos. Estamos en tierra desconocida y...

—No necesito tus consejos.

—¿Tampoco los del profesor? Ordenó no matar.

—¡Al diablo con Hundar! Estudiando superficialmente la batinave tanto tú como yo hubiéramos podido manejarla a la perfección. La hibernación del profesor fue una estupidez. El no padecía la enfermedad del "Zooks" ni mal alguno.

—Quiso ayudarnos en nuestro... despertar.

Musorgski rió en estridente carcajada.

—¿De veras? Dub Hundar es un científico ávido de conocimientos y nuevas experiencias. Por eso consintió en ser hibernado. Puede que incluso impulsado por su amor a Adhara. ¡A la batinave perfecta creada por él! En cuanto a la ayuda... Hundar se limita a seguir los

consejos de ese diabólico Vogler.

—Algo ha fallado en el proyecto Adhara, Nikolai. No se comunican con nosotros y eso nos obliga a actuar por medios propios. Todo nos resulta desconocido. La situación es comprometida... y angustiosa.

—No creo que nos encontremos en el año 2119. Aunque... — Musorgski permaneció unos segundos indeciso. Acto seguido profirió una soez maldición—. Sí, es posible. Año 2119. Ello explicaría el olvido. Los hijos de perra del siglo XXII se han olvidado de una insignificante hibernación acontecida en 1985. ¡Malditos sean!...

—¿Y por qué motivo no responden a nuestras llamadas? Los sintonizadores del Adhara son de alcance ilimitado. Incluso pueden ser captadas desde otros planetas. Sin embargo nadie nos hace el menor caso. Algo extraño ocurre, Nikolai.

Llegaron al bosque.

Las huellas, dado que el terreno se fue haciendo más pedregoso, habían desaparecido.

—¿Continuamos ?

—Por supuesto, Keenan. Comunicaremos con el profesor para advertirle de...

—¡Cuidado!

La voz de Keenan Shawn fue acompañada de un violento empujón que hizo caer a su amigo. Una flecha silbó a escasas pulgadas de la cabeza de Musorgski.

El silencio se vio bruscamente turbado por un ensordecedor griterío. Una veintena de hombres, lanzando espeluznantes alaridos, surgieron del bosque avanzando amenazadores.

Shawn y Musorgski quedaron perplejos.

Paralizados por la sorpresa.

Sus atacantes portaban arcos, flechas y rudimentarias lanzas. Vestían como los primitivos hombres de la Edad de Piedra. Abundante pelo y poblada barba semiocultaban sus facciones.

—Gran Dios...

Keenan Shawn, tras aquellas breves e instintivas palabras, reaccionó apretando el gatillo de la «Zieman 82». Un individuo de más de siete pies de estatura interrumpió su carrera cayendo de bruces. El arma insensibilizadora no dejó herida visible en su cuerpo.

Musorgski también hizo funcionar su pistola.

Con efectos más espectaculares y sangrientos.

Uno de los atacantes, dispuesto a proyectar su lanza, vio brutalmente cortado el ademán. Un cárdeno fogonazo, como una diminuta bola de fuego, estalló contra su cabeza. Sus facciones se bañaron en sangre. La explosión hizo saltar sus ojos de las cuencas, destrozando su cabeza hasta convertirla en infinitos pedazos.

Sí.

Espectacular y sangriento el efecto de la «Zieman 82» en su indicador rojo.

Aquellos hombres, al ver caer a sus compañeros, retrocedieron atemorizados. Uno de ellos agitó su brazo derecho exclamando:

—¡Atrás...! ¡Atrás...! ¡Retirada...!

La orden fue cumplida. Corrieron en todas direcciones perdiéndose entre la espesura del bosque.

Shawn y Musorgski intercambiaron una perpleja mirada.

—Keenan... ¿has oído a ese fulano? ¿Lo he soñado...? ¡Habló en perfecto inglés!

Keenan Shawn, con mayor capacidad de reacción, no se mostró muy sorprendido. Estaba entrenado para ello. Nervios de acero. Astucia e inteligencia. En realidad todo aquello le causaba profundo estupor, pero no lo evidenció.

—Sí, Nikolai. Inglés. Con el refinado acento de un bostoniano. Tiene gracia. Nos encontramos con el hombre de Neanderthal hablando un inglés de academia.

—No me gusta, Keenan: Tampoco le encuentro gracia alguna. ¿Dónde diablos estamos? ¿Quiénes son esos hombres que parecen salir de las cavernas? ¿Cómo pueden existir con semejante atraso en pleno siglo XXII?

—Muchas preguntas.

—¡Sí, maldita sea! ¡Y ninguna respuesta! ¡Preguntar a esos individuos sobre la hibernación del Adhara en 1985 es ridículo! Estamos como al principio. ¡Todavía peor!

Había llegado junto a los dos caídos.

Uno de ellos ofrecía el macabro espectáculo de su cabeza completamente destrozada. Su rostro era una deforme y tórrida masa sanguinolenta. El otro, abatido por Shawn, parecía dormir un plácido sueño.

—¿Esperamos a que recupere el sentido, Keenan?

—De poco nos iba a servir. Es preferible dar con la ciudad de donde proceden.

Musorgski dejó escapar una sonora carcajada carente de alegría.

—¿La ciudad? ¡Esos salvajes no pueden vivir en lugar civilizado! Deben pertenecer a una tribu cuya existencia es ignorada por...

Los ojos de Shawn relampaguearon furiosos. Por primera vez se vio dominado por la ira.

—¡Basta, Nikolai! ¡Basta ya! Desde que terminó nuestra hibernación en el Adhara nos enfrentamos a extraños e incomprensibles fenómenos. Deambulamos en un mundo que nos resulta desconocido. Sin ayuda.

Abandonados como perros sarnosos. Controlamos nuestro miedo

con absurdas hipótesis, conjeturas y suposiciones. ¡Todo para paliar nuestra ignorancia! Somos hombres de ciencia, Nikolai. ¡Ya basta de hipótesis gratuitas! Debemos encontrar solución al enigma. Respuesta lógica a cuanto nos ocurre. Entonces sacaremos las conclusiones oportunas. Sólo entonces.

—Te domina el miedo, Keenan.

—¿No lo tienes tú?

Musorgski endureció sus facciones.

Su diestra se cerró con fuerza presionando la culata de la «Zieman 82». Su mente rememoró el ataque sufrido minutos antes. Aquella horda enfurecida enarbolando primitivas armas. Arcos y flechas en pleno siglo XXII.

Absurdo e incomprensible.

No.

Tampoco Nikolai Musorgski pudo evitar que sus ojos reflejaran un leve temor hacia lo desconocido.

*

Los aparatos elevadores entraron de nuevo en funcionamiento.

Shawn y Musorgski sobrevolaron el bosque trazando un amplio círculo. No les sorprendió la ausencia de pájaros o de cualquier otro animal. Las ramas de los árboles aparecían en su mayoría secas y semiabatidas.

No fue necesaria una larga exploración del terreno.

A los pocos minutos de vuelo descubrieron la explanada. Cuatro senderos del bosque iban a desembocar a ella. En el centro de aquella planicie se alzaba el poblado. Un grupo de casas construidas con adobes aparecían cercadas por una alta empalizada. La entrada al recinto estaba fuertemente custodiada. También existían dos torretas de vigilancia. Uno de los centinelas que permanecían en el blocao principal dio la voz de alarma al divisar a los intrusos.

De las chozas comenzaron a salir hombres, mujeres y niños.

Contemplaban aterrados a los dos hombres que parecían flotar en el aire.

Shawn y Musorgski se habían detenido a relativa altura.

Estudiando el poblado. —Una tribu de salvajes, Keenan. —Eso parece.

—¿Acaso lo dudas? —rio Musorgski descendiendo unas yardas y sobrevolando el blocao principal—. Ninguna cabaña tiene antena de televisión. Son salvajes, compañero.

Keenan Shawn, que siguió la trayectoria marcada por Musorgski hacia la torreta, sonrió ante el comentario.

—Vamos a sobrevolar rápidamente el poblado, Nikolai.

—¿Temes que oculten armas nucleares? —Jamás se debe menospreciar al enemigo. Vamos a investigar a fondo y luego nos pondremos en contacto con el profesor Hundar. —De acuerdo, Keenan.

En ese momento, el vigía de la torreta principal tensó su arco impulsando una flecha hacia Musorgski. La distancia le hizo errar el tiro. Ni tan siquiera llegó a alcanzar la altura debida.

Nikolai Musorgski sonrió extendiendo su brazo derecho.

Su dedo índice se cerró en torno al gatillo de la «Zieman 82».

—¡No, Nikolai!

La voz de Shawn no fue escuchada.

Musorgski accionó el disparador.

Del cañón de la «Zieman 82» brotó una lengüeta de fuego. Un fugaz fogonazo que pronto se vio acompañado por el espeluznante alarido del centinela. El hombre cayó del blocao con la cabeza materialmente destrozada por el terrorífico disparo.

Shawn profirió una salvaje maldición.

—¿Por qué lo has hecho, Nikolai?

Musorgski, todavía con una feroz mueca en su rostro, parpadeó perplejo por la recriminación de su compañero.

—¡Disparó sobre mí! Su flecha...

—¡No era necesario matar! Su flecha nada podía hacerte. Nuestra altura hacía imposible que nos alcanzara. Has apretado el gatillo por el solo placer de matar. ¿No es cierto?

El ruso se encogió de hombros con indiferencia.

—Así nos respetarán. El profesor querrá entablar conversación con ellos. Es preferible apaciguar sus ánimos, demostrar quién es el más poderoso. Ahora nos temen.

—Has cometido un lamentable error, Nikolai. Todos hubiéramos deseado una entrada pacífica en el poblado. Ya no será posible.

—Entraremos por la fuerza. ¿Temes acaso a sus flechas?

Keenan Shawn no replicó. Giró con lentitud para luego accionar el mando regulador de la velocidad.

Musorgski le siguió a distancia.

Se fueron alejando de aquel extraño poblado.

Era preciso comunicar cuanto antes el descubrimiento al profesor Hundar. De seguro regresarían al poblado para entablar conversación con sus moradores. Una entrevista que, debido al sadismo de Nikolai Musorgski, tendría un preámbulo de sangre y muerte.

CAPITULO VI

Nikolai Musorgski permanecía apoyado en una de las rojizas rocas del desfiladero. Sus manos, para ocultar el leve temblor, jugueteaban incansables con la «Zieman 82». Keenan Shawn, a poca distancia, parecía dormir al cobijo de aquellas altas rocas.

—Keenan...

-¿Sí?

—Ya están ahí.

Shawn se incorporó bostezando ruidosamente. Entornó los ojos fijando la mirada en una distante nube de polvo que avanzaba a gran velocidad.

—Un aerodinámico «Dany». Ultimo modelo de la casa Ford lanzado en 1984. Todo lujo y confort.

Keenan Shawn sonrió.

—Nunca imaginé a los rusos con tan desarrollado sentido del humor, Nikolai. Un «Ford Dany» de 1985 de nada nos iba a servir aquí. Reconoce que el profesor Hundar sabe hacer bien las cosas. Vehículo poco vistoso, pero endiabladamente eficaz. La batinave encierra grandes sorpresas.

Musorgski guardó silencio.

La nube de polvo rojizo se fue disipando hasta hacer visible el vehículo. Resultó ser un auto-oruga oval de cuatro plazas. Extremadamente ligero y capaz de deslizarse por todo terreno a grandes velocidades. Impulsado por una turbina de gas creadora de energía motriz; aunque también puede emplearse petróleo, gasolina, aceite Diesel u otros combustibles líquidos.

Elliot Vogler conducía el vehículo. A su lado Dub Hundar. Los asientos traseros iban ocupados por Barbra e Inger.

El auto-oruga se detuvo a pocas yardas del desfiladero.

Dub Hundar descendió encaminándose hacia los dos hombres.

—¿Puede ampliarme el informe, Keenan? Su mensaje por el transmisor fue muy breve... y sorprendente.

Shawn narró con todo detalle su exploración con Musorgski. Sin omitir dato alguno. El profesor, al igual que los ocupantes del auto-oruga, escuchó en silencio. Acentuando las arrugas de su rostro en visible gesto de preocupación.

Se volvió hacia Musorgski.

—¿Por qué disparó a matar? Ordené que...

—Sus órdenes fuera del Adhara me tienen sin cuidado. No estoy sometido a ninguna disciplina.

La seca interrupción de Musorgski hizo enrojecer al profesor.

—Se equivoca, Nikolai. Yo, al igual que usted, pertenezco al UIE. Con mayor graduación y mando. Me debe respeto y obediencia.

—¿De veras? Muy bien, profesor. Desde este instante presento mi dimisión como miembro de la Unión Internacional del Espacio. ¿Puede indicarme el camino a seguir para presentarla? La sede central de UIE radica en Nueva York. ¿Estamos muy lejos de allí, profesor?

Dub Hundar dominó su irritación ante aquellas insolentes y burlonas palabras.

—Puede obrar a su antojo, Nikolai; pero no será en nuestra compañía. Usted decide. Si viene con nosotros acatará mis órdenes.

El profesor giró con brusquedad subiendo de nuevo al vehículo. Hizo una significativa seña a Keenan Shawn. Este, depositó el equipo elevador en uno de los compartimentos para luego encaramarse en la parte posterior del auto-oruga. Se acomodó entre las dos muchachas.

—No os molestéis por mí —sonrió Shawn abarcando a ambas por la cintura—. Voy un poco apretado, pero no me importa.

El profesor tenía la mirada fija en Musorgski.

Esperando su decisión,

El ruso sonrió con fingida indiferencia. Tal vez para paliar lo poco airoso de su situación. Avanzó con lentitud subiendo a la parte delantera y sujetándose a uno de los salientes.

—En marcha, Vogler —indicó el profesor sin comentario alguno.

El auto-oruga se adentró por el estrecho desfiladero. Los desniveles del terreno no fueron obstáculo. El vehículo avanzó con facilidad, hábilmente conducido por Vogler.

—¿No teme por Adhara, profesor? —preguntó Shawn—. La batinave ha quedado sin vigilancia. —Lo sé. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Keenan Shawn comprendió los motivos del profesor.

Dejar la batinave bajo la custodia de Elliot Vogler resultaba muy arriesgado. El misterioso asesino de mujeres no era digno de confianza. Tampoco era misión para Inger o Barbra.

—No se preocupe, profesor —comentó Musorgski con su habitual sarcasmo—. Estamos en tierra habitada por salvajes. Su maravilloso Adhara jamás podrá ser manejada por ellos.

El desfiladero quedó atrás.

A la entrada del valle, el nuevo paisaje se vio acompañado por la sonrisa de las muchachas. Aquello parecía un vergel en comparación con la desolación anterior. Únicamente el silencio, sobrecogedor y de ultratumba, enfriaba los ánimos.

Los verdes ojos de Barbra se alzaron al cielo. En busca de algún pájaro, de algún ser vivo...

No lo encontró.

Keenan Shawn leyó los pensamientos de la joven. Su brazo

derecho abarcó con más fuerza la cintura femenina para infundirle valor. Barbra correspondió con una sonrisa de agradecimiento.

El rostro de Elliot Vogler no dejaba entrever emoción alguna. Era el único que parecía insensible a todo cuanto ocurría a su alrededor. Se limitaba a seguir el camino que le iba marcando Musorgski. Sin formular preguntas.

Llegaron al bosque.

Los ocupantes del auto-oruga tomaron precauciones, Incluso Dub Hundar empuñó una «Zieman 82». Barbra, sobre el plateado dos piezas, llevaba una capa roja. El profesor había proporcionado a las dos muchachas un pequeño revólver capaz de disparar mil diminutos proyectiles. Reducidas balas circulares que, pese al tamaño, ocasionaban la muerte instantánea.

Se fue haciendo un claro en la reseca espesura del bosque. El terreno se hizo más transitable hasta formar un estrecho sendero.

—Este camino nos llevará al poblado —dijo Keenan Shawn—. Son cuatro los senderos que desembocan en la explanada.

Las palabras de Shawn se confirmaron a los pocos minutos.

El vehículo fue dejando atrás los últimos árboles para divisar y enfrentarse a la alta muralla que circundaba el poblado. El vigía de la torreta principal comenzó a lanzar penetrantes gritos de alarma.

Musorgski alzó su brazo armado.

—Voy a cerrarle la boca.

—Quieto, Nikolai. Intentaremos entrar sin causar más víctimas.

Musorgski obedeció a regañadientes la orden del profesor.

El auto-oruga se había situado frente a la entrada del recinto. A una distancia aproximada de veinte yardas. Del interior llegaban alteradas voces y gritos de terror.

—Nos tienen miedo.

—Cierto, Keenan —asintió el profesor—. Creo que de un momento a otro nos abrirán la puerta. Esperemos.

La muralla se fue poblando paulatinamente de hombres armados con arcos y flechas. Sus rostros, semiocultos por aquellas espesas barbas, no reflejaban ferocidad, sino un indescriptible terror.

—Se preparan para repeler nuestro ataque.

—¿Qué hacemos, profesor?

Hundar quedó unos segundos en silencio. Sus ojos se posaron en la puerta de entrada. Construida por troncos unidos entre sí por fuertes bejucos.

—Derriba la puerta, Vogler.

Elliot Vogler tenía a su izquierda un fusil insensibilizador. Manipuló en el indicador para aumentar la potencia. El punto de mira del grueso y anillado cañón enfiló hacia el centro de la puerta.

Apretó el gatillo.

Se abrió un enorme boquete en la puerta. La explosión hizo saltar los troncos en todas direcciones produciendo una gran llamarada. La pesada hoja de madera quedó calcinada en pocos segundos.

—Creo que ya podemos seguir. Paso abierto.

—Un momento, Vogler.

De entre los humeantes y diseminados troncos de la puerta apareció la figura de un hombre. De unos cuarenta años. De fuerte complexión y desmesuradamente alto. Larga y negra cabellera. Sus facciones, aunque desdibujadas por la poblada barba, se adivinaban correctas y repletas de energía. Su diestra sostenía una larga lanza cuyo extremo se veía adornado con multicolores cintas de cuero. Con gran facilidad, sin apenas esfuerzo, rompió en dos la lanza.

—Se rinden...

—Rendición sin batalla —rio Musorgski.

—¿Olvida que ya han tenido dos bajas? —comentó duramente el profesor—. Dos víctimas innecesarias.

Keenan Shawn intervino para evitar una nueva discusión entre Musorgski y el profesor.

—Espera nuestra respuesta. Debe ser el jefe del poblado.

—En marcha, Vogler. Deténgase junto a él.

El auto-oruga avanzó con lentitud recorriendo el corlo trayecto que le separaba de la muralla.

El hombre que permanecía junto a la destrozada puerta de entrada no retrocedió ante el avance del vehículo. Sin embargo sus ojos no ocultaron el miedo. Reflejaron un temor que supo dominar esperando rígido a los extraños visitantes.

Dub Hundar alzó el brazo derecho esbozando en sus labios una cordial sonrisa de saludo.

—Paz para tu pueblo.

El hombre parpadeó repetidamente.

Perplejo.

—Hablas igual que nosotros...

El profesor amplió la sonrisa.

—Inglés. Aunque también puedo hablarte en francés, ruso, alemán...

—No comprendo.

—Tú hablas inglés —murmuró Hundar—. Puede incluso que conozcas algunas palabras de alemán o...

—Hablo la lengua de mis padres. Ignoro lo que significa... inglés.

Hundar intercambió una mirada con sus compañeros. Desvió los ojos hacia el individuo.

—¿Eres el jefe?

—Sí. Mi nombre es Notter, jefe de los Hombres-Sol.

—¿Hombres-Sol?

—Así nos llamamos.

—¿Por qué?

El individuo se encogió de hombros sin responder a la pregunta.

—¿Nos permites la entrada en tu poblado? —inquirió Dub Hunder.

El llamado Notter empuñó los ojos para dirigir una penetrante mirada a Musorgski. Una mirada cargada de odio.

—Sois fuertes y poderosos. El poblado es vuestro.

—No queremos la guerra. Lamento la muerte de tus dos hombres y...

—Seguidme.

El hombre interrumpió bruscamente a Hunder girando y encaminándose hacia el interior del recinto amurallado.

El profesor, de pie sobre el vehículo, hizo una seña a Vogler. Este puso el auto-oruga en marcha acomodando la velocidad al paso de Notter.

Cruzaron la muralla.

Pronto se vieron escoltados por hombres, mujeres y niños que les contemplaban con admiración y miedo. Sus miradas se centraban en el vehículo. Los habitantes del poblado vestían toscas telas. Algunos con ligeras pieles. Las chozas eran de adobe, circulares y de frágil techo.

La curiosidad era recíproca.

El profesor y sus compañeros contemplaban todo aquello con verdadero estupor.

Llegaron ante una cabaña distinta a las demás. Destacaba por ser más grande y estar construida con troncos de árbol que le daban sensación de una mayor seguridad y solidez. Cerca de la choza se veía una enorme jaula que encerraba a cientos de conejos. No era la única. En otra jaula ladraban lastimosamente ocho perros de enorme y desproporcionada cabeza, gatos deformes, aves...

Todos los animales enjaulados.

Notter se detuvo ante la cabaña.

—Mi casa es vuestra.

Elliot Vogler frenó el vehículo.

El profesor fue el primero en descender siendo imitado por el resto de sus compañeros.

Junto a la choza existía una rectangular fosa de unas tres yardas de profundidad.

Keenan Shawn se aproximó dirigiendo una superficial mirada a la fosa. No pudo evitar un visible gesto de repugnancia. Barbra, que le había acompañado, ahogó una exclamación.

Dentro de la fosa habitaban miles de ratas.

Unas sobre otras.

Ratas gordas y lustrosas.

—¡Keenan!

Shawn acudió a la llamada del profesor.

—Entre conmigo, Keenan. Aunque sospecho que la conversación con Notter será poco productiva.

—Le aconsejo que nos acompañe Vogler.

Dub Hundar frunció el ceño.

—¿Vogler? ¿Por qué?

—No podría explicarle, profesor; pero lo considero conveniente. Vogler nos ha demostrado extraordinarios poderes. Puede que nos sea útil.

—De acuerdo.

El profesor dirigió una significativa mirada a Musorgski.

—Se quedará aquí con las muchachas, Nikolai. Evitando cualquier enfrentamiento con los hombres del poblado.

—No se preocupe. Respetaré la sagrada estirpe de los Hombres-Sol.

—Su ironía está fuera de lugar, Nikolai. Guárdela para mejor ocasión. Vogler...

El profesor, Shawn y Vogler penetraron en la choza precedidos por el jefe del poblado. En el interior reinaba un agradable frescor que contrastaba con el fuerte calor existente. La estancia era amplia. Sin di-visiones.

Dos mujeres permanecían de pie. Contemplando atemorizadas a los recién llegados.

—Ellas son Kara y Lany. Dos de mis mujeres.

—¿Cuántas tienes, Notter?

—Ocho. Es bueno tener muchas mujeres.

Keenan Shawn sonrió.

—No hay duda de que todo ha cambiado mucho. En 1985 el divorcio estaba en pleno auge. Ahora, en el año 2119, es bueno tener muchas mujeres. Aunque debo reconocer que Kara y Lany son dos bellezas.

Las mujeres, dominadas por el miedo, no agradecieron el cumplido. Eran muy jóvenes. De piel bronceada, senos opulentos y amplias caderas.

Notter se sentó sobre una piel que cubría el suelo de la casa. Sólo Hundar le imitó. Shawn y Vogler continuaron de pie.

El profesor Hundar se pasó el dorso de la mano por la frente. No sabía por dónde empezar el interrogatorio.

—¿Dónde nos encontramos, Notter? ¿En una isla? ¿Estamos rodeados por el mar?

—Lo ignoro. Mi pueblo no es viajero. Permanecemos en el poblado. El mar de poco nos sirve. Ni tan siquiera de alimento.

Muchos días de pesca y poco se consigue. No es prudente salir del poblado y buscar lo desconocido.

—¿Dónde estamos, Notter? ¿Europa? ¿América?

—No comprendo tus palabras.

—Europa... ¿No has oído hablar de...?

—Creo que pierde el tiempo, profesor —comentó Elliot Vogler con inexpresiva voz—. Nada sabe. Nada nos puede decir.

—No es posible... En 1985 ya no quedaba lugar por civilizar. Las tribus más salvajes habían alcanzado el desarrollo. La Organización Mundial Cívica ayudó y promocionó los pueblos más primitivos... Estamos en el siglo XXII... ¿o tal vez no? ¡Dios mío!...

Notter dirigió una indiferente mirada al profesor. Sus palabras le resultaban incomprensibles. Sin sentido.

—Estamos en el siglo XXII, profesor —replicó Vogler con seguridad—. Año 2119.

—Tal vez el reloj atómico del Adhara...

—No hay error posible. Lo comprobó minuciosamente, profesor. Yo sé que estamos en el año 2119.

Dub Hunder mesó en nervioso ademán sus cabellos para luego enfrentarse con la fría e impenetrable mirada de Notter.

—Quiero que me cuentes la historia de tu pueblo, Notter. Desde sus comienzos, su origen, sus antepasados...; quiero conocer los principios de vuestra raza.

Notter ladeó la cabeza para dirigirse a una de las mujeres.

—Prepara comida a nuestros invitados, Kara. El mejor de los manjares. Tú sirve la bebida, Lany.

La llamada Kara abandonó la cabaña con sumisa actitud.

—Estoy impaciente por escucharte, Notter. El jefe de los Hombres-Sol sonrió mostrando unos amarillentos dientes.

—Después de la comida. Ello hará más amistosa nuestra conversación.

El profesor se resignó a cumplir con el protocolo impuesto por Notter.

Kara reapareció a los pocos minutos portando una bandeja que depositó en el centro de la estancia.

Junto al profesor.

Notter sonrió feliz.

Parecía esperar la felicitación de sus invitados.

Dub Hunder sintió deseos de vomitar.

Sobre la bandeja tres gordas y lustrosas ratas. Sin piel, destripadas.

El más exquisito de los manjares.

CAPITULO VII

Notter no se ofendió al ver rechazada su comida. Sus invitados eran demasiado poderosos y debía mostrar sumisión ante ellos.

Lany sirvió un amarillento líquido en recipientes de barro cocido. Ofreció uno de ellos a Keenan Shawn. Este tenía los ojos fijos en la muchacha. Su vestido, ancho y descolorido, lucía generoso escote que permitía admirar el nacimiento de sus túrgidos senos.

Elliot Vogler rió llevándose el recipiente a los labios. Creyó que la indecisión de Shawn, contemplando a la joven, era debida a su temor por beber aquel viscoso líquido.

Shawn también esbozó una sonrisa.

—¿Y bien, Elliot?

Vogler chasqueó la lengua repetidamente. Saboreando la bebida. Llevó nuevamente el recipiente a sus labios hasta vaciarlo.

—Whisky escocés, Keenan.

—Muy gracioso.

—Puedes probarlo. Te gustará.

Keenan Shawn dio la razón a su compañero. La bebida, aunque muy distante del whisky escocés, era agradable. Evitó hacer preguntas a Notter. La elaboración del líquido, tomando como ejemplo las tres ratas de la bandeja, podía no ser tan agradable. Era preferible ignorar su procedencia.

El profesor esperaba impaciente las palabras de Notter. Este se reclinó apoyando su espalda en la fría pared de la cabaña. Cerró los ojos. Comenzó a hablar. Pausadamente.

—Hace muchos años, el Sol cayó sobre la Tierra originando una violenta explosión. Nubes de fuego acompañaron al Sol. La Tierra se agrietó tragando al Sol y que dando sumergida en las tinieblas. De aquella profunda hendidura surgió la familia Humek. Todos nosotros descendemos de ella. Los Humek fueron vomitados de la Tierra el mismo día en que el Sol volvió a lo alto del cielo. Esta es la historia de mi pueblo. La historia de los Hombres-Sol.

Hundar quedó boquiabierto.

Incluso el impasible Elliot Vogler reflejó en su rostro una mueca de estupor. Keenan Shawn esbozó una sonrisa carente de alegría.

—Bonito cuento de hadas...

—Estamos como al principio —murmuró Dub Hundar—, aunque a decir verdad no esperaba conseguir gran cosa. De la fusión del Sol con la Tierra surgió la familia Humek. ¡Ridículo y absurdo!

Keenan Shawn se adelantó hasta quedar frente al jefe del poblado. Le miró fijamente.

Estudiando sus facciones.

—¿Qué edad tienes, Notter?

—Treinta y ocho años.

—¿Qué significado tiene para ti un año?

—Trescientas noches.

Shawn amplió la sonrisa de sus finos labios. Sus ojos continuaron con fuerte y penetrante brillo metálico.

—Bien... algo hemos adelantado. Poca diferencia existe entre tu noción de un año y la nuestra. Me han sorprendido los habitantes de tu pueblo, Notter. Hombres, mujeres, niños... En su mayoría jóvenes. Muy pocos ancianos. ¿Por qué? ¿Dónde están los viejos de la tribu?

—¡Es cierto! —exclamó instintivamente el profesor Hundar—. También a mí me llamó la atención.

Notter demoró unos segundos la respuesta.

—Somos un joven pueblo. Contamos con pocos ancianos.

—¿Cuándo surgió la familia Humek?

—Hace muchos años.

—¿Cuántos?

—Pues... cien años. Tal vez algunos más. Eso al menos me contó mi padre. El sí conoció a los Humek. Yo nada recuerdo.

—Es inútil, Keenan. Perdemos el tiempo.

—Se equivoca, profesor. Este poblado tiene una antigüedad de cien años. Un detalle muy significativo.

—¿Por qué?

—Creo compartir el pensamiento de Keenan —intervino Vogler—. Los Hombres-Sol no pertenecen a una tribu primitiva. Cien años es poco tiempo. Los Humek pudieron ser unos náufragos que arribaron a la isla.

—¿Y vivir un siglo apartados del resto del mundo? ¡Absurdo! .

—Cabe otra hipótesis —dijo Shawn con sombrío rostro.

—¿Cuál?

—Un cataclismo. Una guerra nuclear que arrasara el planeta. Como el Sol cayendo sobre la Tierra. Fuego muerte y destrucción. Una terrorífica masacre con muy pocos supervivientes.

—¿Los... Humek?

Keenan Shawn asintió con leve movimiento de cabeza.

—Sí, profesor.

—Una guerra nuclear...

—Ello explicaría la casi total ausencia de animales, de pájaros... ¿Por qué están enjaulados, Notter? Perros, gatos, conejos, aves...

Notter sonrió con suficiencia.

No comprendía toda aquella jerga de sus huéspedes, sin embargo, se reconocía más listo que ellos al poder responder a sus estúpidas preguntas.

—Muy pocos animales brotaron de la Tierra con la familia Humek. Por eso es preciso mantener un control sobre ellos. Cuidarlos para que jamás nos falten. Muchas especies ya se han extinguido.

—En libertad la reproducción sería mayor.

El jefe de los Hombres-Sol clavó sus ojos en Shawn.

—No... Morirían o serían capturados.

—¿Capturados? ¿Por quién?

Notter desvió la mirada hacia las dos mujeres. En las pupilas de Kara y Lany pareció aumentar el terror.

—¿Por quién? —volvió a preguntar Shawn.

—No están solos, Keenan —dijo Vogler con firme voz—. Tu teoría de una guerra nuclear dando como únicos supervivientes a la denominada familia Humek no resulta lógica. El poblado de Notter no es el único de la región.

—¿Cómo diablos puedes saberlo?

Elliot Vogler sonrió a la vez que el sempiterno brillo satánico de sus ojos iba en aumento.

—Puedo leer en la mente de Notter. Existe otro poblado cerca de aquí. Habitado por... por...

Vogler se interrumpió.

Como impotente por seguir leyendo los pensamientos de Notter. Este se incorporó con rapidez. Sus facciones aparecieron demudadas. Temblando de pies a cabeza.

—¡No acabarán con nosotros! ¡Nos defenderemos! ¡No acabarán con nosotros...!

Keenan Shawn trató de apaciguarle.

—Cálmate, Notter. No queremos hacerte ningún daño.

—Ellos... ellos sí quieren nuestra destrucción...

—¿Quiénes?

Los labios de Notter balbucearon trémulos.

Presa del terror.

—Ellos... los monstruos... los monstruos del Reino de las Sombras.

CAPITULO VIII

El resto del día lo dedicaron a recorrer detenidamente el poblado, comprobando el atraso que reinaba entre sus moradores. Sus rudimentarios métodos de trabajar las pieles, el barro, la tierra...

—Entonces, aquellas ratas...

—Sí, Barbra. Las ratas es uno de los manjares más apreciados por los Hombres-Sol.

—¿Por qué han adoptado ese nombre?

—Green que su origen se debe a la unión de la Tierra con el Sol. De tan violenta fusión surgió la familia Humek. Esta viene a ser para ellos una especie de Adán y Eva.

—¿Qué opinas de todo esto, Keenan? Yo... yo... estoy aturdida.

—Al igual que nosotros. No te acomplejes por las palabras que te dirigió Musorgski en el Adhara. Ninguno de nosotros comprende lo que ocurre. Incluso el profesor Hundar es incapaz de encontrar una respuesta.

Keenan Shawn rodeaba con su brazo derecho los hombros de la muchacha. El cuerpo de Barbra se estremeció.

—Tengo frío...

El sol había comenzado a ocultarse y las sombras avanzaban lentamente sobre el poblado. Acompañadas de un frío intenso y cortante.

—Regresemos junto a los demás. Posiblemente pasemos noche en la batinave.

Barbra y Keenan se encaminaron hacia la cabaña de Notter. Seguidos de las curiosas miradas de los habitantes del poblado.

Frente a la choza continuaba el auto-oruga. Elliot Vogler, en el asiento delantero, parecía dormir. Inger, a poca distancia, conversaba con las mujeres de la tribu. Su afán científico la impulsaba a indagar entre aquellas primitivas gentes formulando preguntas que en su mayor parte quedaban sin respuesta.

Llegaron ante el auto-oruga.

—¿Dónde está el profesor, Elliot?

Elliot Vogler abrió los ojos.

Barbra retrocedió instintivamente sin poder evitar una leve exclamación de terror.

Vogler tenía los ojos en blanco y su rostro reflejaba una satánica mueca que deformaba sus facciones. Volvió a la normalidad abandonando aquella sensación de éxtasis. En sus carnosos labios se dibujó una sonrisa.

—Perdonar... estaba pensando.

—Te pones muy feo, Elliot. Asustas a Barbra.

Vogler amplió la sonrisa.

—Lo lamento, Keenan. ¿Preguntabas por el profesor?

—Ahá.

—Sigue en la cabaña con Musorgski. Terminará por volverse loco. Las respuestas de Notter son sorprendentes, ridículas... Perdemos el tiempo. Creo que sería preferible...

Vogler se interrumpió ante la salida del profesor. Apareció acompañado de Musorgski y Notter.

Keenan Shawn se adelantó.

—¿Regresamos al Adhara, profesor?

—No. Pasaremos la noche en el poblado.

Shawn entornó los ojos. La respuesta de Hundar le había sorprendido, pero no quiso evidenciarlo. Musorgski sonreía irónico.

—¿Por qué?

—Mañana, al amanecer, emprendemos camino hacia el poblado de... de los...

—De los monstruos. Hacia el Reino de las Sombras —rio Musorgski.

Dub Hundar no compartió la risa.

—Puede tomarlo a broma, Nikolai; pero es preciso encontrar solución a nuestro problema. Cuanto antes. ¿Dónde estamos? ¿Qué ocurre con el resto de la civilización? ¿Por qué nadie responde a nuestras llamadas? Vivir esta incertidumbre es terrible. Puede que en ese otro poblado encontremos la respuesta. Por supuesto no creo en la existencia de... monstruos. Sólo quiero la verdad. Todos la perseguimos, ¿no es cierto? —sin esperar contestación de sus compañeros, añadió—: Notter nos proporcionará dos cabañas que se comunican entre sí. En ellas pasaremos la noche.

El jefe de los Hombres-Sol se abrió paso entre los miembros de su tribu que se agolpaban alrededor de la cabaña. Algunos, los más osados, acariciaban con miedo y admiración el auto-oruga.

Los tripulantes del Adhara fueron tras Notter.

Las dos chozas destinadas estaban próximas a la muralla. Era como una velada insinuación para que abandonaran pronto el poblado.

—Ordenaré que os sirvan comida y bebida.

—Olvida la comida, Notter —respondió Shawn de inmediato—. No estamos acostumbrados a tus ricos manjares.

—¿Perro asado? ¿Conejos...?

Keenan Shawn arrugó instintivamente la nariz al recordar los cabezudos y desproporcionados conejos de las jaulas.

—Gracias por tu interés, Notter. Nos conformamos con la bebida.

El jefe del poblado terminó por encogerse de hombros. Pensando

en la estupidez de su invitados al rechazar tan ricos alimentos. Abandonó la cabaña.

—Ira del averno... —masculló Musorgski—. Hace frío. Es incomprensible este brusco descenso de la temperatura.

—Ahí tenemos mantas y pieles. Vamos a dormir. Ha sido un día pródigo en fuertes emociones. Inger y Barbra habitarán la cabaña contigo.

—Preferimos dormir aquí, profesor —dijo Inger.

—¿Por qué? Las chozas se comunican y de surgir algún peligro acudiríamos al momento.

—Supongo que se formará un turno de vigilancia, ¿no?

—En efecto, Inger.

—¿Por qué vigilar dos entradas? Estaremos más seguras aquí. Juntos.

—Como gusten. ¿Quién inicia la guardia?

—Yo mismo —se ofreció Keenan Shawn atrapando el fusil insensibilizador manipulado anteriormente por Vogler. Se encaminó hacia la puerta. Al abrir la hoja de madera quedó como paralizado bajo el umbral.

Musorgski y el profesor acudieron al percatarse de la reacción de su compañero.

Por la calle principal del poblado se había formado una extraña comitiva. Encabezada por Kara. La bella muchacha se envolvía en la larga cabellera que le llegaba hasta la cintura. Sus manos sostenían una pequeña aula donde dos gordas ratas se debatían furiosas.

Hombres y mujeres iban tras Kara.

En silencio.

Portando antorchas que contrastaban con las prematuras sombras de la noche.

—¿Dónde diablos irán? —preguntó Musorgski.

—No lo sé... Se dirigen fuera del poblado.

Las palabras de Keenan Shawn no resultaron del todo ciertas.

Sólo Kara cruzó el arco de la empalizada. El resto de la comitiva se detuvo contemplando alejarse a la muchacha. Minutos más tarde volvían sobre sus pasos. En silencio.

En el más escalofriante de los silencios.

Notter fue el último en regresar. El que más tiempo permaneció contemplando la marcha de Kara. El jefe del poblado pasó ante la cabaña con la cabeza inclinada y rostro sombrío.

—¡Notter!

Acudió lentamente a la llamada del profesor Hundar.

—¿Adónde ha ido Kara?

El jefe de los Hombres-Sol sonrió en triste mueca.

—Al sendero sur del bosque. A la choza de los sacrificios. Kara ya

no regresará jamás a nuestro poblado.

—¿Por qué? —preguntó Shawn.

—Los monstruos del Reino de las Sombras reclaman su tributo. Cada quince noches tenemos que ofrecerles una mujer joven. Es el precio de la paz. Así nos vemos libres del ataque de los monstruos.

—Pero..., ¿y Kara?

—No volverá... Los monstruos se la llevan. Siempre se llevan a sus víctimas. Sin duda para ser devoradas en el Reino de las Sombras.

*

Kara no tenía miedo.

Ya se había resignado a su muerte. Otras compañeras de la tribu le habían precedido en aquel cruel destino. Era la ley del más fuerte. No había lágrimas en los grandes ojos de la muchacha. Ni temor.

Sólo resignación.

Ella era una víctima más.

La antorcha iluminaba con temblorosa llama el interior de la reducida choza enclavada en el sendero sur del bosque. Aquél era el camino que conducía al Reino de las Sombras.

Kara esperaba.

Esperaba la llegada del monstruo.

El sepulcral silencio era roto por el forcejeo de las ratas en la jaula. Pugnaban por salir de su prisión. Kara las contempló con tristeza. De buen grado las hubiera dejado en libertad, pero era un presente que debía ofrecer.

La muchacha quedó rígida.

Le pareció escuchar un leve ruido.

Sí.

Aquel sonido volvió a producirse. Alguien se deslizaba por entre la maleza en dirección a la cabaña.

Ya estaba allí.

Uno de los monstruos del Reino de las Sombras.

Todo el valor acumulado por Kara se derrumbó como un castillo de naipes. El terror se reflejó en sus ojos y una mueca deformó su bello rostro. Se incorporó posando su mirada en la abierta puerta de la choza. La jaula de las ratas cayó destrozándose contra el suelo.

Las dos ratas corrieron al verse libres.

Una de ellas se encaminó hacia la puerta de salida en el preciso momento que una sombra hacía su aparición.

La rata vaciló.

Aquello fue su perdición.

El hombre que permanecía en el umbral alzó su pierna derecha para dejarla caer con fuerza sobre el animal. La rata chilló al verse

aprisionada.

Aquello hizo reír al hombre.

Una risa gutural y ronca que se acentuó a la vez que aumentaba la presión sobre el cuerpo de la rata. Esta boqueó haciendo sus chillidos más penetrantes. Todo cesó al brotarle las tripas por la boca.

El hombre volvió a reír.

Avanzó hacia Kara.

La joven no retrocedió.

No tenía miedo.

Incluso sus carnosos labios esbozaron una sonrisa. No estaba ante uno de los monstruos del Reino de las Sombras. Las manos del hombre apartaron con suavidad el sedoso cabello de Kara admirando la perfección de su cuerpo.

Kara continuó sonriendo.

Ignoraba que estaba frente a un hombre mil veces peor que cualquiera de los temidos monstruos del Reino de las Sombras. Más diabólico y cruel.

Cuando se percató de ello ya era demasiado tarde.

CAPITULO IX

Durante la noche se llegaron a alcanzar los siete grados bajo cero. Un frío intenso que comenzó a cesar con la aparición de las primeras luces del alba.

Dub Hundar, que realizaba el último turno de guardia, despertó a sus compañeros.

—¿Alguna novedad, profesor?

—Ninguna, Keenan. Tranquilidad absoluta.

—Nuestra presencia no les resulta grata, pero nos tienen demasiado miedo para intentar un ataque —comentó Musorgski mientras se ajustaba el cinto portador de la «Zieman 82»—. Durante mi guardia ni tan siquiera se escuchó el vuelo de una mosca.

Keenan Shawn sonrió burlón.

—Por supuesto, Nikolai. No hay moscas en el poblado.

—Celebro que continúen de buen humor. Personalmente, la desaparición de muchas especies animales me preocupa —dijo Hundar con serio semblante—. Veo que Vogler comparte mi inquietud. ¿Ocurrió algo digno de mención en su turno de vigilancia?

Elliot Vogler, pálido y taciturno, denegó con un movimiento de cabeza. Sin despegar los labios.

—Bien... Vamos en busca de Notter. Nos indicará el camino a seguir para dar con el... Reino de las Sombras.

Inger Kerr se despojó de su capa quedando tan sólo con el plateado bikini. La pieza superior apenas controlaba sus erectos senos.

—Vuelve a hacer un calor sofocante. ¡Y pensar que esta noche he tiritado de frío!

Abandonaron la choza.

En el poblado no reinaba gran actividad. La mayoría de sus habitantes permanecían encerrados en sus casas. Sólo eran visibles los centinelas de las torretas. Notter sí les esperaba junto al auto-oruga.

Forzó una sonrisa.

—Buenos días, Notter. ¿Contento por nuestra marcha?

—Sí.

—Un tipo sincero —dijo Keenan Shawn acomodándose frente al volante del vehículo—. ¡Todo a bordo!

—Sube, Notter.

El jefe de los Hombres-Sol retrocedió ante la invitación del profesor.

—¡No...! Iré andando.

—Como quieras.

Notter comenzó a caminar a grandes zancadas.

Shawn esperó a que sus compañeros se acomodaran en el auto-oruga para iniciar la marcha. Minutos más tarde dejaban la muralla del poblado. Siempre precedidos por Notter. Cruzaron la explanada hasta llegar al cercano bosque. A la entrada del sendero sur se alzaba una choza de tosca y frágil construcción.

Notter se detuvo.

Quedó con los ojos fijos en la cabaña.

—¿Ocurre algo, Notter? —inquirió el profesor Hundar.

—No puedo adentrarme en esta parte del bosque. Siguiendo el sendero se encuentra el cauce del río que os conducirá hasta el mar. El Reino de las Sombras domina toda la zona sur. Bordeando la costa.

—¿Los... monstruos habitan cerca de la playa?

—Sí.

—Bien. Es posible que nos volvamos a ver, Notter.

—Estaremos preparados.

Había una sorda amenaza en la voz de Notter que no pasó desapercibida. Giró dando la espalda a los ocupantes del auto-oruga.

Notter se detuvo bruscamente.

Con la mirada fija en la cabaña. Vio una lustrosa rata cruzar veloz ante la abierta puerta.

Corrió hacia allí.

—¿Qué le ocurre?

—No lo sé, profesor —respondió Keenan Shawn descendiendo del vehículo—. Algo le ha llamado la atención. Iré a ver...

Notter se había introducido en la cabaña. A los pocos segundos se oyó un espeluznante alarido. Un desgarrador grito que extendió su eco por el silencioso bosque.

Notter reapareció con el rostro demudado.

—¡Malditos...! ¡Malditos...!

—¿Qué te ocurre?

La pregunta de Shawn quedó sin respuesta.

Notter, profiriendo salvajes alaridos, se arrojó sobre él.

Keenan Shawn esquivó la ciega acometida con facilidad. Se hizo a un lado a la vez que su puño derecho castigaba con brutalidad el estómago de Notter. La violencia del golpe no le hizo caer.

Shawn se decidió por aplicarle un golpe de karate.

Notter cayó de bruces semiaturdido.

Nikolai Musorgski y los demás habían descendido del vehículo. Rodearon a Notter. Este proseguía aullando como un poseso.

—¡Malditos...! ¡Vosotros la habéis matado!

—¿De quién estás hablando?

—¡Kara...! Está ahí... muerta...

Musorgski rio divertido.

—¿Y nos culpas a nosotros? ¿Has olvidado a esos famosos y

temidos monstruos del Reino de las Sombras?

—Ellos no han sido.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó Hundar.

—Ellos siempre se llevan a las mujeres... Jamás las han dejado en la choza, muertas... Jamás desprecian las ratas que les ofrecemos como presente. ¡Vosotros, malditos...! ¡Malditos...!

Nikolai Musorgski le atizó un patadón en la boca.

—No me gustan tus graznidos, Notter.

Keenan Shawn y el profesor fueron hacia la cabaña.

Allí les esperaba un macabro espectáculo.

Kara yacía en el centro de la estancia. Estaba muerta.

Barbra, que también había acudido, palideció ahogando el grito que pugnaba por brotar de su garganta. Inger, la joven doctora, más acostumbrada a aquellas macabras escenas, se inclinó sobre el cadáver realizando un superficial examen. Poco más tarde se incorporó posando sus ojos en Vogler.

Entonces todas las miradas se centraron en Elliot Vogler.

En el hombre que fue ejecutado por el asesinato de quince mujeres.

*

—Vuelve a tu poblado, Notter.

El jefe de los Hombres-Sol permaneció inmóvil. Con sus llameantes ojos fijos en Vogler.

—Quiero al culpable. La muerte de Kara debe ser vengada. Los monstruos del Reino de las Sombras nos reclamarán una nueva víctima y...

Notter no pudo seguir hablando.

Keenan Shawn le propinó un súbito y violento trallazo en la boca haciéndole retroceder.

—¡Lárgate, Notter! ¿Es eso lo que te preocupa? ¡Tú mismo entregabas a Kara a la muerte!

Un hilillo de sangre surgió de los labios de Notter tiñendo su negra y poblada barba.

—¡Malditos...! Haré que mis hombres os persigan por la jungla..., os convertiré en pasto para las ratas y...

Musorgski desenfundó su «Zieman 82».

Aquel simple ademán fue suficiente para que Notter emprendiera veloz carrera hacia el poblado, dejando atrás las fuertes y burlonas carcajadas de Musorgski. Este, paulatinamente, fue borrando la risueña expresión de su rostro. No enfundó el arma. El anillado cañón de la «Zieman 82» enfiló hacia la cabeza de Vogler.

—Bien, Elliot. Ha llegado el momento de poner las cartas boca

arriba. Empieza a hablar.

—Nada tengo que decir.

Keenan Shawn apoyó su diestra sobre la culata de su pistola. Sin llegar a desenfundar, aunque su actitud era poco tranquilizadora. Parecía compartir las intenciones de Musorgski.

—Opinamos lo contrario, Elliot. Tienes mucho que decir. Junto a la entrada de la cabaña he descubierto huellas. Pisadas que corresponden a tus botas.

Vogler sonrió irónico.

—Todos calzamos igual tipo de botas.

—Cierto, Elliot. Pero tú eres el principal sospechoso. Kara fue muerta y mutilado su cuerpo... Son tus procedimientos.

Vogler entornó los ojos. Su penetrante mirada se posó en Shawn, pero éste la desvió de inmediato. Musorgski alzó el brazo armado descargando un violento golpe en el hombro izquierdo de Vogler.

—Conocemos el poder de tu mente, Elliot —dijo Keenan Shawn—. Ha llegado el momento de la verdad. Si no quieres hablar nos veremos obligados a terminar contigo. No queremos un asesino entre nosotros.

Elliot Vogler desvió la mirada hacia el profesor en espera de una posible ayuda. Hundar y las dos muchachas le contemplaron fríamente. Con desprecio por el repugnante crimen cometido.

—Yo no maté a esa mujer.

—¿De veras, Elliot? Aprovechaste tu turno de guardia para abandonar el poblado, acudir a la cabaña y ensañarte con la muchacha.

—¡No es cierto!

—Es tu método, Elliot. El mismo que utilizaste con las quince mujeres asesinadas en Nueva York.

—Soy inocente.

—¿Puedes demostrarlo?

—Puedo demostrar que yo no soy Elliot Vogler. Y con ello quedará también demostrada mi inocencia.

El estupor se reflejó en los allí reunidos. Todos contemplaron con asombro a Vogler. Una vez más fue Keenan Shawn el primero en reaccionar:

—Explícate con claridad. Si no eres Elliot Vogler..., ¿quién diablos eres?

—Mi verdadero nombre es Saahst. No soy un terrestre como vosotros. Procedo del planeta Kanio, de distinta galaxia a la vuestra.

*

Sí.

Incluso Keenan Shawn parpadeó incrédulo, perplejo, estupefacto... La revelación de Elliot Vogler era en verdad sorprendente.

—¿Nos consideras idiotas? —gruñó Musorgski, tras unos segundos de estupor.

Vogler sonrió tranquilo.

Muy seguro.

—Oh, no... Me encuentro entre personas inteligentes. Precisamente por eso no dudo de que se dará crédito a mis palabras. No soy Elliot Vogler. Vogler fue ejecutado en la silla eléctrica. ¿Alguno de ustedes cree que los muertos andan? No. Son científicos. Tampoco es posible un desplazamiento desde Nueva York a California en el corto plazo de unos minutos. Sin embargo, el «cuerpo» de Elliot Vogler apareció en un laboratorio secreto de California minutos más tarde de que fuera depositado en la cámara de cadáveres de Nueva York. ¿Cómo explicar el fenómeno? ¿Encuentran respuesta lógica?

Nadie contestó.

Esperaban impacientes a que Vogler continuara hablando. Dub Hundar parecía el más interesado, sin embargo, fue Shawn el que intervino:

—Sigue, Elliot. Tu historia es muy interesante.

—En mi planeta, en Kanio, se domina el espacio. Nuestras naves iniciaron la exploración de vuestro sistema solar. Sólo Marte y Venus pueden ser habitables. La Tierra jamás había sido estudiada por nosotros ni pensábamos hacerlo; pero una lluvia de planetoides desvió mi nave hasta situarla en vuestra órbita. Mi compañero quedó herido y la nave averiada. Desde Kanio nada podían hacer por nosotros, ya que nos habíamos distanciado en demasía. Era preciso actuar por nuestros propios medios. Un traslator me depositó en la Tierra con la misión de apoderarme de un «diodo-plasma» para mi nave electriconuclear. El cátodo de uranio era necesario para la reparación. En Nueva York descubrí que era preciso desplazarme a California para encontrar lo que buscaba. Dhosth, mi compañero, dirigía las operaciones desde la nave. La primera medida era tomar forma humana.

—¿Quieres decir que...?

—Correcto, Keenan. Los hombres de Kanio somos muy distintos a vosotros. No era nuestra intención causar mal alguno. Por eso, para evitar una muerte, me apoderé del cadáver de Elliot Vogler. Él ya estaba muerto, pero yo hice revivir su cuerpo. Tenemos poder para ello.

—¿También revivir su cerebro? —preguntó Hundar visiblemente excitado por la narración.

—No, profesor. Nuestros poderes son limitados. La mente sigue inerte. Muerta. Tengo el cuerpo de Elliot

Vogler, pero actúo y pienso como Saahst. Desde los mandos de la nave, mi compañero Dhosth hizo revivir el cuerpo.

—¿Qué ocurrió después? Hubo un fallo, ¿no?

—Sí. Un lamentable error. Mi mente mantenía permanente contacto con mi compañero Dhosth. Le señalé mi nuevo destino. El laboratorio de California, en San Francisco. Dhosth, desde la nave, realizó la teleportación.

—Y se equivocó.

—No le culpo. Dhosth estaba muy malherido. El error de cientos de millas me llevó a un laboratorio norteamericano donde se estudiaba el virus causante del "Zooks". El cuerpo de Vogler fue atacado por la temida enfermedad. Intenté comunicarme con Dhosth para que me sacara de allí cuanto antes, para que me liberara del cuerpo de Vogler... Fue inútil. Mi compañero Dhosth había muerto. La nave flotaría para la eternidad por el espacio-tiempo. Y yo..., yo quedaría prisionero. Encerrado en el cuerpo de Elliot Vogler.

—Es..., es... fantástico...

—Y cruel. Fantástico y cruel, profesor —murmuró Keenan Shawn—. Una pregunta, Vogler. ¿Puedes morir? ¿Qué ocurriría si Musorgski apretara el gatillo de la «Zieman 82»?

—Mi nombre es Saahst. Ahora que he descubierto mi secreto quiero recuperar mi verdadero nombre. Saahst.

—De acuerdo, Saahst. ¿Qué ocurriría si Musorgski apretara el gatillo?

Saahst sonrió en amarga mueca.

—Tengo el cuerpo de Elliot Vogler. Puedo sentir el dolor físico y los placeres. Sólo la mente me pertenece.

Si Musorgski aprieta el gatillo... moriré. No puedo ser liberado del cuerpo de Vogler. Moriré con él.

—Entonces eres como nosotros, ¿no?

—Sí, aunque mi mente es más poderosa. Yo he permanecido despierto durante la hibernación en el Adhara. He visto transcurrir lentamente los años. Estudiando la mente del profesor Hunder he llegado a conocer la batinave Adhara con todo detalle.

—¿Estamos en el año 2119? —preguntó Barbra con temblorosa voz.

—Sí.

Nikolai Musorgski comenzó a reír desafortadamente.

Enfundó la pistola. , —Has sido un tipo afortunado, Saahst. Te hibernaron para poder descubrir, años más tarde, tu misterioso viaje Nueva York-San Francisco de breves minutos.

—¿Afortunado? De haberme apoderado de cualquier otro cuerpo no estaría aquí. Mala idea penetrar en Elliot Vogler. He perdido ciento treinta y cuatro años, hibernado... De haberlos vivido tal vez hubiera

dado con el procedimiento de comunicar con Kanio, de regresar a mi planeta...

—Tu historia ha sido muy interesante, Saahst —dijo Keenan Shawn—. Ahora comprendemos muchas cosas. Ciertamente tus poderes mentales son extraordinarios. Lo demostraste con Musorgski al derribarle sin necesidad de tocarle.

Inger Kerr no hizo ningún comentario, pero también ella comprendía ahora los asombrosos sucesos acontecidos en el reconocimiento médico de Vogler... o Saahst. El hizo, al dominar su voluntad, que Inger no leyera indicación alguna en los instrumentos. Sólo lo que Saahst quería. Jugó con su mente, con su voluntad...

Keenan Shawn seguía hablando:

—Todo solucionado menos la muerte de Kara. Tienes el cuerpo de Elliot Vogler, Saahst. Tú mismo has afirmado que experimentas el placer y el dolor. ¿Por qué no continuar con el sadismo de Vogler? ¿Por qué no seguir asesinando y violando mujeres indefensas?

—Elliot Vogler era, sin duda, un pobre loco. Mi mente domina al cuerpo.

—¿De veras? No tenemos pruebas de ello, Saahst.

—El culpable es uno de nosotros —argumentó Hundar—. Las huellas así lo indican. Saahst se declara inocente. Puede leer nuestros pensamientos, ¿no es cierto? Adelante, Saahst. ¿Quién de nosotros ha sido? ¿Musorgski? ¿Keenan? ¿Yo...?

Se produjo un expectante silencio.

Paulatinamente los ojos de Saahst se pusieron en blanco. Recorrió uno a uno el rostro de los allí presentes. Incluso con Barbra e Inger. Aquel satánico éxtasis se prolongó durante unos minutos.

Los ojos de Saahst volvieron a la normalidad.

Sonrió.

—Muy astutos... Así no es posible, profesor.

—¿Por qué no?

—Están prevenidos. Ocultan sus pensamientos. Se enfrentan a mi poder. Sólo uno de vosotros ha permitido que profundizara en su mente. Barbra Hyer. Ella es la mejor de todos. Nada tiene que ocultar.

Dub Hundar profirió una maldición.

—Estamos perdiendo el tiempo. Si el asesino es uno de nosotros, tarde o temprano se descubrirá.

—Seguro, profesor —respondió Saahst—. Yo daré con él. No siempre estará alerta y su mente será dominada por mí.

—La muerte de esa muchacha no puede hacer olvidar nuestra situación. En marcha. Es preciso encontrar el poblado de esos misteriosos monstruos.

Se acomodaron en el auto-oruga.

Keenan Shawn volvió a hacerse cargo del volante proporcionando

la máxima velocidad al vehículo que se adentró como una exhalación en el bosque. Recorrió el sendero para poco más tarde salir al valle.

—Hacia la izquierda, Keenan.

—El poblado está al sur y...

—Lo sé, pero antes echaremos un vistazo a la batinave. Supongo que, al igual que yo, estarán hambrientos. En Adhara tenemos provisiones en abundancia. Luego, bordeando la costa, daremos con el poblado.

—De acuerdo.

Keenan Shawn hizo girar el volante encaminándose hacia el ya conocido desfiladero. El calor volvía a ser sofocante resecaando los labios de los ocupantes del auto-oruga. Sin embargo, ninguno sugirió beber en las tranquilas aguas del río. Desconfiaban de todo.

Quince minutos más tarde divisaron las dunas.

El vehículo trepó con facilidad, alcanzando la playa de rojiza arena.

Keenan Shawn dio un brusco viraje para luego quedar inmóvil. Paralizado por la sorpresa. Sus compañeros también desorbitaron los ojos incrédulos.

La batinave Adhara había desaparecido.

CAPITULO X

Dub Hundar actuaba como un autómatas. La palidez de su rostro era cadavérica. Se inclinó una vez más sobre las visibles huellas trazadas en la rojiza arena. Los surcos profundos dejados por Adhara se perdían en la orilla del mar adentrándose en las aguas.

—No es posible..., no es posible...

Hundar pareció sufrir un desvanecimiento.

Trastabilló cayendo de rodillas y ocultando el rostro entre sus manos. Ninguno de sus compañeros acudió a socorrerle. También ellos estaban aturridos por la inexplicable desaparición de la batinave.

—Iré al botiquín para suministrar un calmante al profesor.

Inger hizo ademán de encaminarse hacia el auto-oruga, pero Saahst la retuvo por el brazo. La muchacha se estremeció de pies a cabeza tan sólo con percibir la fría mano del hombre de Kanio.

—No es necesario, Inger.

—El profesor ha sufrido un fuerte shock.

Saahst movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—Las reacciones del profesor son imprevisibles. Ciertamente ha sufrido un fuerte shock, pero... hay algo más.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Keenan Shawn.

Los ojos de Saahst se posaron en el profesor. Este, distanciado unas yardas, no podía oírle.

—Durante la hibernación del Adhara mi cuerpo, al igual que el vuestro, permaneció en aquel ataúd de vidrio. No obstante, mi mente podía percibir todo, vagar por la batinave... En la última fase de curación del "Zooks" hubo un error que, ignoro los motivos no fue subsanado desde el exterior. Los rayos "Ferrigs" fueron también aplicados al profesor Hundar.

—Pero... el profesor no estaba enfermo de "Zooks".

—Cierto. Sin embargo, le fueron administrados los rayos "Ferrigs" en la última fase. Nada pude hacer por impedirlo. Tampoco desde el exterior hicieron nada. El error se prolongó durante un largo período.

—¿Qué consecuencias pueden originarse en el profesor, Inger?

—Lo ignoro, Keenan. Los rayos "Ferrigs" son desconocidos para mí. Se perfeccionaron durante nuestra hibernación. Desgraciadamente Hundar fue el único que no se sometió a mi reconocimiento médico. De haberlo hecho tal vez hubiera descubierto alguna anomalía en su organismo.

—Es preciso encontrar la batinave. Es nuestro único medio de salir de aquí, de encontrar un lugar civilizado...

—¿Quién diablos puede haberse apoderado de Adhara? —Uno de nosotros. La respuesta llegó del profesor Hundar. Todos le contemplaron perplejos. —¿Por qué dice eso?

—¿No lo comprende, Keenan? Sólo uno de nosotros tiene suficientes conocimientos para manejar la batinave. ¿De quién sospechar? ¿Notter? ¿Los salvajes Hombres-Sol? No. Uno de nosotros. ¡Uno de nosotros!

Hundar continuaba excitado. Sus manos temblaban convulsivas.

—Eso es absurdo, profesor —dijo Shawn pausadamente. Tratando de calmar al profesor—. No nos hemos separado un solo instante. Ninguno de nosotros...

—Durante la noche, en los turnos de guardia...

—Turnos de hora y media. Tiempo insuficiente para desplazarse hasta la playa, esconder la batinave y regresar al poblado de Notter. Tampoco se utilizaron los equipos elevadores. El ruido hubiera despertado a todo el poblado. No, profesor. Ninguno de nosotros.

—Entonces...

—Nos quedan los habitantes del Reino de las Sombras.

Hundar agrandó los ojos parpadeando repetidamente.

—Sí..., tal vez ellos..., es preciso encontrar el poblado... ¡Tenemos que recuperar la batinave!

Se acomodaron de nuevo en el auto-oruga.

Keenan Shawn volvió a hacerse cargo del volante. Musorgski y Saahst, de pie a ambos lados del vehículo, se aferraron con fuerza a los salientes para mantener el equilibrio que la velocidad dificultaba.

Keenan Shawn fue bordeando la playa. A la máxima velocidad. Sin importarle levantar molestas nubes de arena bajo las ruedas del auto-oruga. Recorrieron un trayecto aproximado de tres millas por la larga orilla. Sin obstáculos a excepción de los desniveles originados por las abundantes dunas.

A lo lejos divisaron unas altas rocas que formaban un rompeolas. Como una muralla que desafiaba la impetuosidad de las aguas. Las rocas trazaban un amplio semicírculo.

—Parece una ensenada...

—Nos obliga a dejar la orilla —dijo Keenan Shawn girando el volante a la derecha—. Daremos un rodeo bordeando las rocas.

El vehículo trepó unas dunas cercanas alejándose de la orilla para luego enfilarse hacia las rocas. Entre ellas existía un amplio desfiladero que conducía nuevamente a la playa.

—¡Allí...! ¡Adhara...! ¡La batinave...!

La exclamación del profesor sonó al unísono con la de Musorgski.

Desde lo alto del promontorio divisaron la ensenada.

Adhara permanecía fuera de las aguas. En una explanada de la playa cobijada por las rocas. Ningún ser humano se veía por los

alrededores.

El descubrimiento hizo que Shawn acentuara aún más la velocidad del vehículo que descendió vertiginosamente hacia la explanada. Dejó de pisar el pedal para aminorar la marcha a medida que se iban aproximando.

Nikolai Musorgski desenfundó su «Zieman 82» y Saahst se apoderó del fusil insensibilizador.

El auto-oruga se detuvo a pocas yardas de Adhara. La batinave no parecía haber sufrido daño alguno.

Descendieron del vehículo.

—¿Cómo diablos pudo llegar hasta aquí? —rio nerviosamente Musorgski.

—¡Lo importante es que la hemos recuperado! —exclamó eufórico el profesor Hundar.

Inger Kerr extendió el brazo derecho señalando con temblorosa mano la cubierta del Adhara.

—Mirar... la compuerta se abre..., alguien sube por el tubo elevador...

Aún no se habían extinguido las palabras de Inger cuando sonó el penetrante alarido de terror. El desgarrador grito brotó de la garganta de Barbra.

De ente las rocas cercanas habían aparecido dos seres deformes.

Dos hombres monstruosos.

Nikolai Musorgski palideció de terror. Al igual que Saahst y el profesor. Incluso Keenan Shawn quedó paralizado.

La compuerta exterior del Adhara se abrió.

Un tercer monstruo hizo su aparición sobre la cubierta de la batinave.

Sí.

Un monstruo con forma humana. Semiencorvado. Sus manos rozando las rodillas. No tenía pelo ni cejas. Piel verdosa, enfermiza y recubierta de horridas vejigas que palpitaban convulsivas. Una piel materialmente pegada a los huesos. La boca carecía de labios. Era como un enorme boquete babeante. El extraño ser avanzó torpemente. Parecía tener una pierna más corta que la , otra. Descendió por la rampa alargando las manos. Sus dedos estaban unidos por gelatinosas y finas membranas, sin uñas...

El monstruo avanzó hacia el grupo formado por los atemorizados tripulantes del Adhara.

CAPITULO XI

Keenan Shawn reaccionó llevando su diestra en busca de la «Zieman 82».

Una voz ronca y gutural le detuvo.

—No..., no dispaes... No tengáis miedo de nosotros...

Había hablado uno de aquellos deformes seres. El que descendió de la batinave. Sus dos compañeros también se habían aproximado.

—¿Quiénes sois? —preguntó Shawn.

La boca del hombre, aquel nauseabundo boquete, se entreabrió:

—Mi nombre es Fairbank... Sé quiénes sois vosotros. Lo he averiguado en la batinave Adhara. He escuchado las grabaciones del video-audio. Los hibernados del Adhara... Os conozco a cada uno...

Dub Hundar olvidó el miedo y repugnancia que le ocasionaban aquellos Hombres para preguntar con trémula voz:

—¿Has sido tú quien ha desplazado la batinave?

—Sí.

—¿Cómo lo has conseguido? ¿Cómo conoces su mecanismo?

El llamado Fairbank comenzó a reír, aunque aquel ronco y gutural sonido distaba mucho de semejarse a una sonrisa.

—¿Conocerlo? Tú eres el profesor Hundar. Según la grabación el creador de la batinave. Un buen modelo... del año 1985. Yo nací en el 1990. He vivido todos los adelantos de la ciencia espacial, las primeras naves con energía eléctrica, la colonización de Marte... Adhara es un juguete para mí. Una superficial visión me ha bastado para poder manejarla.

—¿En 1990...? No es posible... ¿En qué año nos encontramos?

—En el 2119. Tengo ciento veintinueve años. ¿Te sorprende? Ya en el 2002, durante vuestra hibernación, se descubrieron los secretos de la longevidad. Aunque a decir verdad quedamos muy pocos. Sólo seis hombres del siglo XX. Yo uno de ellos. El más viejo. Por eso me enviaron al descubrirse la batinave en la playa. Sólo yo podía manejarla. Soy un científico..., fui miembro del Centro Internacional de Astronomía-Ionosfera.

Dub Hundar parpadeó intercambiando una perpleja mirada con sus compañeros. Musorgski, Shawn, Saahst... En todos ellos se reflejaba igual estupor.

—No comprendo... ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué...? Fairbank volvió a reír roncamente. —¿Te sorprende mi estado? Sí..., soy un monstruo..., todos nos hemos convertido en seres deformes... —Pero..., ¿por qué?

Los ojos de Fairbank parecieron aumentar de tamaño. Como

queriendo salirse de las órbitas. Las múltiples vejigas palparon convulsivas acentuando el tono verdoso. Abrió su babeante boca.

—Todo terminó... La más alta civilización alcanzada por el hombre fue destruida en corto plazo de tiempo. Cuando el hombre dominaba el espacio, las enfermedades, cuando era dueño del universo... Entonces..., entonces todo terminó. Tal vez un castigo de Dios a nuestra soberbia. Nada queda... nada...

—¿Qué ocurrió? —volvió a preguntar Hundar intensamente pálido. Tembloroso.

—Fue en el 2008. En ese fatídico año empezaron los primeros cataclismos. El hielo acumulado en el Ártico originó un desplazamiento de los polos inundando varias ciudades de EE. UU. La Tierra sufrió atroces desgarros geológicos... Japón fue tragado por el mar, América del Sur se partió en dos, el lecho de Atlántico se elevó, surgieron nuevas tierras en el Caribe... Sin embargo, estábamos prevenidos para todo aquello. Nuestros científicos lo habían previsto. Nada podía sorprendernos..., sólo..., sólo una guerra..., la más espantosa y cruel guerra atómica...

El hombre hizo una pausa para respirar jadeante. Los orificios de su ancha nariz palparon una y otra vez.

—La guerra... estalló en la primavera del 2009. Fue una locura..., una insensatez..., se inició con el empleo de armas bacteriológicas. La «Fracisella tularensis», que ocasiona la tularemia, el «Bacillus antracis», productor del ántrax letal, el virus de la encefalitis, el «botulinum»..., terribles armas que diezmaron la población mundial. Nadie se dio por satisfecho. Endemoniados, locos..., seguíamos adelante. Hacia nuestra propia destrucción. Los «HD-7» transportaban cabezas nucleares triples de cincuenta megatonnes cada una. Iniciando unas terroríficas danzas. Todos los sistemas MIRV[1] entraron en funcionamiento.

Escalofriantes armas atómicas, desconocidas para vosotros por ser creadas en el año 2000, comenzaron su devastadora acción. Avanzando a pasos agigantados hacia nuestra propia destrucción. Nadie se detuvo, No era posible. La Tierra estalló en mil pedazos, envuelta en fuego... Nueva York, San Francisco, Los Ángeles..., ciudades de millones de habitantes fueron barridas en breves segundos. Una locura colectiva se había apoderado de todos nosotros, de la orgullosa raza humana que se creía fuerte y poderosa. Fue nuestro propio poder el causante de todo. Lo habíamos conseguido todo. Todo era dominado por el hombre. Fue un castigo divino... Hemos vuelto a la nada. A la barbarie...

Barbra cayó de rodillas rompiendo en incontrolable llanto. Musorgski estaba pálido. Gruesas lágrimas brotaban de los ojos de Inger. El profesor Hundar mantenía la cabeza inclinada, abatido...

Sólo Keenan Shawn y Saahst se mantenían firmes, aunque también en sus ojos se leía la desesperación.

Fairbank prosiguió su terrorífica y fantástica narración:

—Nada quedó en pie sobre la faz de la Tierra. Muerte y desolación por doquier. Nada... nuestra gloriosa civilización destruida. ¿Cuántos hemos logrado sobrevivir? Lo ignoro. Muy pocos. El Sol se oscureció durante largos años. Ningún signo de vida sobre el planeta. Veinte hombres nos agrupamos. Ninguno más. Catorce hombres

y seis mujeres. Seres deformes, mutilados por los virus de las armas bacteriológicas y la radiactividad que flotó durante años sobre la Tierra. Nos hemos convertido en una raza maldita engendradora de monstruos. Han transcurrido muchos años desde que se produjo el caos. Hemos navegado en busca de un lugar más benigno, en busca de otros supervivientes... Nada. Sólo nosotros. Monstruos de reino de sombras, de tinieblas... Hemos construido una ciudad a pocas millas de aquí. Formamos una comunidad de seres deformes. Los únicos moradores de la Tierra...

—Eso no es cierto —dijo Keenan Shawn—. Hemos estado en un poblado que se denominan los Hombres-Sol. Viven en estado salvaje y primitivo, pero no presentan deformaciones físicas.

—Sí... Ellos y nosotros... Los únicos moradores de la Tierra. Los Hombres-Sol... Deduzco el origen. Un tal Dan Humek y su mujer, famosos ictiólogos, junto con un joven oceanógrafo, experimentaban en un refugio submarino antinuclear. Se percataron de la atroz guerra desencadenada en la superficie y permanecieron sumergidos un largo período. Al salir se encontraron con el desolador espectáculo. Los tres eran jóvenes. De ellos, de la familia Humek, surgió la tribu de los Hombres-Sol. Nosotros llegamos a esta zona más tarde que ellos. Nos recibieron con hostilidad. Con terror. Ellos eran perfectos... Desaparecida la familia Humek vivieron en un atraso completo, como salvajes... No querían contacto con nosotros. Con los monstruos del Reino de las Sombras. Así nos llaman.

—¿Por qué exigirles una muchacha cada quince días? Fairbank pareció encogerse aún más. Su piel acentuó el tono verdoso acumulando pliegues viscosos. Nauseabundos.

—Ellos son perfectos... No quieren unirse a nosotros. Por ello les exigimos una mujer. Queremos mejorar nuestra raza. Volver a ser como antes...

Keenan Shawn sonrió amargamente.

—¿Por la fuerza?

—No quieren tratos con nosotros. Es preciso utilizar la violencia. Somos más inteligentes que ellos y nos temen. Han transcurrido cien años desde la guerra que acabó con la civilización. Nada hemos conseguido, pero ahora, con vuestra aparición, todo será distinto.

—¿Por qué?

Fairbank rio en satánica carcajada.

Sus hundidos ojos se posaron en las muchachas.

—Vosotros estáis aquí.

—¿Y...?

—Sois inteligentes y vuestro cuerpo es perfecto. Los hombres jóvenes del Reino de las Sombras se desposarán con las muchachas — Fairbank señaló hacia Inger y Barbra— para que futuras generaciones sean normales. También vosotros os uniréis a nuestras mujeres mutiladas por los virus, por la radiactividad...

—¿Cuentas con nuestro consentimiento?

—¿Existe otra solución para vosotros? ¿Adónde vais a ir? Nada queda sobre la Tierra. ¿Acaso uniros a los salvajes de Notter?

—No sería mala idea.

Fairbank retrocedió torpemente. Sus ojos llamearon de ira a la vez que boqueaba babeante.

—¡Os obligaremos!

—No lo intentes, Fairbank.

—¡Os obligaremos...! [Vendréis con nosotros...! También queréis abandonarnos..., somos repugnantes, ¿verdad...? Apestosos... Nadie acude en nuestra ayuda..., nadie quiere contacto con nosotros...

—¿De quién esperar la ayuda, Fairbank? Tú mismo has dicho que no...

—En Marte. Desde allí sí pueden ayudarnos.

Keenan Shawn parpadeó perplejo.

—¿En Marte?

—¡Sí! ¡En el año 2000 ya se instaló una base para explorar el planeta! En los años siguientes se enviaron científicos, hombres, mujeres, infinidad de material... Con la misión de permanecer en Marte y estudiar sus condiciones de habitabilidad. Ha transcurrido más de un siglo. Siguen allí. Conocen lo ocurrido en la Tierra. ¡Deben regresar a por nosotros! ¿Por qué no lo hacen?

—Tú mismo te respondes, Fairbank. Saben lo ocurrido en la Tierra. ¿Regresar a por vosotros? Sois los culpables de la destrucción. Has escuchado las grabaciones del Adhara. Un mundo maravilloso os espera, de esplendor, el hombre es el rey, todo lo domina... Un mundo maravilloso...

Una seca detonación cortó las palabras de Keenan Shawn.

Musorgski había apretado el gatillo de la «Zieman 82» disparando sobre Fairbank y sus dos compañeros.

Una.

Dos.

Tres veces...

Con diabólica rapidez.

Fairbank y sus dos compañeros cayeron sin vida. Destrozados. Con el cuerpo quemado por la violenta potencia del arma.

Nikolai Musorgski comenzó a gritar como un poseso:

—¡Malditos...! ¡Malditos hijos de perra...! ¡Lo han destruido...! ¡Lo han destruido todo...! ¡Malditos engendros de Satanás...!

Continuó disparando.

Los cárdenos fogonazos de la «Zieman 82» calcinaron aquellos deformes cuerpos hasta casi convertirlos en cenizas. En negra y maloliente carne quemada.

—Ya basta, Nikolai.

Musorgski seguía disparando.

Keenan Shawn se le aproximó para soltarle un violento trallazo en el rostro. Musorgski dejó caer el arma llorando como un chiquillo. Barbra continuaba de rodillas. El rostro de Inger pálido como la azucena. El profesor Hundar mantenía la cabeza inclinada, con los ojos fijos en la rojiza arena.

«Un mundo maravilloso donde el hombre es el rey...»

Ahora...

Nada quedaba.

Todo había sido destruido por el propio hombre.

Keenan Shawn también sintió deseos de llorar.

CAPITULO XII

Ninguna duda.

Ya todo se había solucionado. Era lógico el olvido a los tripulantes del Adhara. El no responder a las incesantes llamadas de los sintonizadores. ¿Quién iba a responder? Nadie. La civilización había sido destruida. Siglos de esplendor borrados en una atroz guerra nuclear y bacteriológica.

Nada.

Sólo aquellos monstruos como recuerdo de la destructora guerra. Seres deformes víctimas de su propia locura.

Nada...

Los hibernados del Adhara no probaron alimento. Ninguno de ellos. Estaban anonadados. Abatidos por el descubrimiento de la perdida civilización. De la perdida esperanza.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Barbra con voz apenas audible.

Nadie respondió.

Transcurrieron unos minutos. Cuando ya la pregunta parecía haber sido olvidada, intervino Hunder:

—No puedo decidir por todos... Ahora es distinto. Debemos tomar una decisión entre todos.

Musorgski profirió una soez imprecación.

—¿Una decisión? ¡Poco tenemos donde elegir! Notter o los monstruos.

—No son monstruos...

—¡Lo son, profesor! [Física y moralmente! Cuerpos deformes y mente emponzoñada con el recuerdo de haber desencadenado una guerra nuclear.

—Eso ocurrió hace más de cien años.

—Sí, profesor. Y ellos, los monstruos del Reino de las Sombras, son los herederos. Los hijos de las tinieblas. ¿Unirnos a ellos? ¿Por qué?

—Poseen nuestra misma inteligencia y...

—¡Al diablo! ¡Ellos han destruido la vida sobre la Tierra! ¡Prefiero mil veces el poblado de Notter!

—¿Con esos salvajes?

—Existe otra solución —dijo Keenan Shawn, que hasta entonces había guardado silencio—. Ni Notter ni los... monstruos. Salir de aquí. Buscar otras tierras, otras gentes...

—¿Más monstruos? —rio Musorgski cruelmente—. ¡Nada hay! Fairbank lo dijo. Durante años han buscado sin éxito. Ellos, junto con los Hombres-Sol, son los únicos habitantes del planeta. ¡Muerte y

desolación! Semidesaparecida la fauna, las aves del cielo, los peces... Hijos de perra... Lo han hecho a conciencia... Lo han destruido todo...

—Quedan los terrestres enviados en el año 2000 a Marte —murmuró Hundar—. Las llamadas del Adhara son de alcance ilimitado. De gran potencia.

—¿Van a regresar a una tierra maldita? ¡No, profesor! Lo ocurrido aquí de seguro les ha servido de ejemplo. Estamos condenados a vivir en este infierno. No es mala idea la de Keenan. Largarnos de aquí. Formar otra familia Humek.

—¿Qué opinas tú, Saahst?

—Estoy con la mayoría. Mi voto poco importa. Mi deseo..., mi deseo es regresar a Kanio. Vivir con los míos y adoptar mi primitiva forma. Abandonar el cuerpo de Elliot Vogler. Eso no puede ser. Por eso poco me importa la decisión que se tome.

El profesor dirigió su cansina mirada hacia las dos silenciosas muchachas.

—¿Y vosotras?

Por primera vez, Barbra mostró más entereza que su compañera. Inger fue incapaz de despegar los labios.

—Creo... que es preferible abandonar esta tierra, profesor.

—Bien. Nos espera un largo y amargo peregrinar. Encontraremos tierra quemada por doquier, desolación... Sí. Es mejor marchar. Iniciaremos los preparativos.

Estaban sobre la cubierta del Adhara.

Hundar, Shawn y las dos muchachas descendieron al interior de la batinave. Saahst recorrió la rampa en busca del auto-oruga y los equipos de propulsión. Estaba ya cerca del vehículo cuando de entre las rocas surgió de súbito la figura de Notter. Acompañado de tres de sus guerreros.

Notter manejó con habilidad una honda. La piedra, lanzada certeramente, dio en la cabeza de Saahst haciéndole caer sin sentido.

Nikolai Musorgski había contemplado la escena desde la cubierta del Adhara. Su diestra fue en busca de la «Zieman 82», pero interrumpió el ademán a la vez que sus labios dibujaron una cruel sonrisa.

Notter y sus tres hombres se llevaban a Saahst.

Bajo la complaciente mirada de Musorgski, que permaneció impassible hasta verlos desaparecer tras las dunas.

Fue entonces cuando descendió al interior de la batinave cerrando la compuerta.

En la sala de mandos, Hundar y Shawn ultimaban los preparativos para emprender la marcha. El profesor hizo funcionar los sintonizadores en un vano intento de recibir respuesta.

Nadie contestó a las desesperadas llamadas.

—¿Y Saahst?

—No creo que vuelva, Keenan —rió Musorgski.

—¿Qué quieres decir?

—Notter se lo ha llevado.

Keenan Shawn apretó con fuerza las mandíbulas.

—Ante tus propias narices, ¿no? Nada has intentado por impedirlo.

—Nada.

—¿Por qué?

—Estaremos mejor sin él. Saahst no me resultaba simpático y...

El puño derecho de Shawn se estrelló con violencia contra la boca de Nikolai Musorgski. Este cayó. Al intentar incorporarse recibió un brutal patadón en la cabeza que le privó del sentido.

—Voy a rescatar a Saahst —decidió Shawn.

—Pero...

—Si no regreso a la noche emprenda el viaje sin mí, profesor.

Keenan Shawn abandonó la sala de mandos encaminándose hacia el tubo elevador. Unos precipitados pasos sonaron tras él.

—Keenan...

Barbra había llegado ante él contemplándole con atemorizados ojos. Sus manos aprisionaron con fuerza el brazo de Shawn.

—Ten cuidado, Keenan...

Shawn sonrió besándola en la comisura de los labios

—Volveré, Barbra.

*

El vigía de la torreta principal comenzó a vociferar al descubrir la presencia de Keenan Shawn. Este apretó el gatillo de la «Zieman 82». El centinela se desplomó sembrandó aún más la alarma en el poblado.

Shawn sobrevoló la zona.

Disparando sobre aquellos que tensaban sus arcos hacia él. Los Hombres-Sol corrían atemorizados. Sólo Notter quedó frente a su cabaña. Con los brazos en alto.

Keenan Shawn redujo al mínimo la velocidad del equipo elevador iniciando el descenso. El ensordecedor ruido del aparato cesó al posar los pies en tierra. A poca distancia de Notter.

Shawn continuaba con el arma insensibilizadora en su diestra.

Apuntó a la cabeza de Notter.

—¿Dónde está mi compañero?

El jefe de los Hombres-Sol rió en cruel mueca.

—No perdonamos a los asesinos de mujeres. Las mujeres no deben sufrir daño. Son el pago para mantenernos en paz con los monstruos del Reino de las Sombras. Tu compañero mató a Kara.

—¿Dónde está?

—Ha pagado su crimen. Las ratas estaban hambrientas.

Keenan Shawn palideció desviando la mirada hacia la cercana fosa. Se aproximó lentamente. El espeluznante espectáculo le hizo retroceder.

Ya poco quedaba de Saahst.

Las voraces ratas se disputaban los últimos despojos.

—Maldito...

—Puedes matarme. Kara ha sido vengada. Era el culpable.

Shawn sintió deseos de apretar el gatillo dando la máxima potencia a la «Zieman 82». Se contuvo controlando su ira.

—Todos somos culpables, Notter... Todos...

El equipo propulsor entró de nuevo en funcionamiento elevando a Shawn en vertical. Paulatinamente le alejó del poblado.

Los labios de Keenan Shawn se entreabrieron.

—Adiós, Saahst..., tú eres el más afortunado de nosotros... Sí..., para ti ya todo ha terminado...

*

Keenan Shawn se despojó del equipo junto al auto-oruga. El vehículo aún no había sido conducido a la batinave.

Se encaminaba hacia el Adhara cuando sonó la voz:

—¡Keenan...! ¡Aquí, pronto!

Nikolai Musorgski le hacía repetidas señas desde una cueva formada por las altas rocas.

Shawn acudió arqueando las cejas.

—¿Qué diablos haces aquí, Nikolai? ¿Por qué no...?

Keenan Shawn se interrumpió al descubrir en el interior de la cueva a Barbra. La muchacha estaba llorando. Inclínada sobre un cadáver cubierto con una roja capa.

Shawn apartó la capa.

Inger Kerr.

Muerta.

—El profesor Hundar. Se ha vuelto loco, Keenan —dijo Musorgski con ronca voz—. Fue con Inger a la sala de reconocimiento. Yo quedé con Barbra controlando los mandos. Oímos el desgarrador grito de Inger. Acudimos de inmediato, pero ya era demasiado tarde. Hundar nos esquivó encerrándose en la sala de mandos.

—¿Por qué habéis abandonado la batinave?

—Adhara va a ser volada de un momento a otro.

Keenan Shawn sintió un escalofrío.

—No...

—Nada he podido hacer, Keenan. Hundar se ha encerrado. El

mismo nos notificó que dentro de quince minutos todo volaría por los aires. Faltan... alrededor de los tres minutos.

—Si Adhara es destruida nos condena a permanecer aquí para siempre. A convivir en el Reino de las Sombras o con Notter. Es preciso hacer algo.

—Nada se puede hacer.

Shawn manipuló en el receptor que formaba parte del equipo propulsor. Todavía lo llevaba al cuello.

—¡Profesor Hundar...! ¡Escuche, profesor...! Le habla Keenan... ¿Me escucha? ¡Hable, profesor...! ¡Responda!

La voz de Hundar llegó a los pocos segundos.

Excitada.

—Os escucho, malditos... Todos estamos malditos... Hemos destruido la civilización... ¡Hay que seguir el trabajo...! ¡Destruir!

—Está enfermo, profesor. Necesita cuidados y...

—¿Enfermo...? —la voz de Hundar llegó acompañada de satánica carcajada—. Yo maté a Kara. ¿Por qué? No lo sé..., estoy loco... Aunque tal vez no... Sólo sé que debo destruir la batinave. Es el símbolo de una civilización perdida. Hay que destruirla. Ya faltan pocos segundos...

La frente de Shawn se perló de diminutas gotas de frío sudor.

—Profesor..., yo sé lo que le ocurre. Ha sido sometido durante el período de la hibernación a los efectos de los rayos "Ferrigs". Es preciso curarle. No haga nada, profesor.

—¡Hay que destruir toda civilización! —volvió a gritar Hundar como un poseso—. ¡Destruir...! Cinco segundos..., el indicador rojo está llegando al punto fatídico. Todo saltará por los aires... Todo... Adhara y yo..., juntos al infierno...

—¡No lo haga, profesor...! ¡Es nuestra única posibilidad de salir de aquí!

La estridente carcajada del profesor apagó las palabras de Shawn.

—Dos segundos... Malditos..., todo destruido..., malditos...

—¡Profesor...!

La violenta explosión hizo temblar el interior de la cueva.

Adhara saltó en mil pedazos envuelta en fuego. La gran llamarada se elevó al cielo.

Y también de allí, de entre las altas nubes, surgió el extraño aparato volador.

Como un luminoso disco.

El platillo comenzó a descender con suavidad.

EPILOGO

El platillo volante descendió envuelto en diminutos e infinitos destellos rojizos. Se posó con lentitud junto a las cenizas de la destruida Adhara. Se abrió una compuerta a la vez que una rampa se extendía para facilitar el acceso.

Barbra, Shawn y Musorgski contemplaban estupefactos el fenómeno.

—¡Infiernos...! ¡Un platillo volante...! ¿De dónde diablos procederá?

—No lo sé, Nikolai. Tal vez nuestros compatriotas de Marte..., o seres extragalácticos.

—Parece que nos invitan a subir —murmuró Barbra.

—¿Qué hacemos, Keenan?

Shawn dirigió una mirada a su alrededor.

Muerte, desolación, tierra quemada...

—Adelante.

La muchacha se aferró a la mano de Shawn emprendiendo veloz carrera hacia el platillo. Musorgski fue tras ellos.

Atravesaron la rampa.

La compuerta se cerró automáticamente una vez dentro del platillo. Un estrecho y circular corredor con destelleantes pilotos rojos, placas fluorescentes y pantalla de verdosa electroluminiscencia.

El platillo se elevó.

Keenan Shawn avanzaba en primer lugar. Tras él Barbra. Musorgski caminaba más rezagado. De pronto un fuerte resplandor inundó el platillo.

Shawn y Barbra giraron la cabeza.

Nikolai Musorgski había desaparecido.

Como desintegrado.

—Dios mío... —musitó Barbra abrazándose a Shawn.

Una puerta de guillotina situada al fondo del corredor se abrió. Un hombre joven, de correctas facciones, sonrió cordial.

—Nada tienen que temer, amigos.

—¿Qué ha sido de mi compañero...? ¿Muerto?

—¡Oh, no! Somos incapaces de hacer daño. Nikolai Musorgski ha vuelto a la Tierra. No era puro.

—¿Qué quiere decir?

El hombre extendió el brazo señalando hacia el luminoso corredor.

—La mente humana es ahí estudiada con todo detalle. Su grado de violencia, odio, rencor... Musorgski no era puro. Su capacidad de matar muy elevada. Ha vuelto a la Tierra por medio del traslator.

—¿De dónde eres?

El hombre sonrió tendiendo su diestra.

—Mi nombre es Looder. Nací en Marte, pero soy nieto de terrestres. De los terrestres que a principios del siglo XXI formaron una colonia en Marte. Cuando en el 2009 estalló la guerra nuclear contemplaron aterrados la destrucción de nuestro planeta. No se intentó regresar. Nos encontramos en el año 2119. En todo este tiempo no se intentó regresar... porque nada queda en la Tierra. Sólo un reducido grupo de hombres con su sempiterna maldad.

—¿Y nosotros?

—Hemos seguido todos vuestros movimientos y recibido las incesantes llamadas del Adhara. —Sin responder.

—Marte es una tierra tranquila. Un paraíso. No existe el odio, la envidia, la violencia... Hemos creado un pueblo feliz y próspero. Antes de admitir nuevos hermanos es preciso conocerles. Tú y Barbra sois de los nuestros. Inocentes de la barbarie que destruyó la Tierra. Por ello, en Marte, os espera la felicidad. El profesor Hundar enloqueció, no sólo por los efectos de los rayos "Ferrigs", sino por descubrir la horrible verdad. Por la destrucción de la civilización que él tanto amaba.

—¿Y Saahst?

El hombre volvió a sonreír amistosamente.

—Podrás saludarle en Marte. Enviamos un mensaje al Gobierno de Kanio y desde allí nos dieron instrucciones para rescatar a Saahst. Abandonó el cuerpo de Vogler para... «penetrar» en el suyo propio. La operación que su compañero de nave Dhosth no pudo realizar. Inger Kerr murió. Tal vez haya sido mejor. Los primeros estudios realizados sobre ella eran negativos. Hubiera tenido que vivir en la Tierra. Al igual que Musorgski.

Keenan Shawn inclinó la cabeza.

Vivir en la Tierra.

En el poblado de Notter, en el Reino de las Sombras...

Sí.

Inger estaba mejor muerta.

—Pasad... Creo que necesitáis descanso. Regresaré con comida.

Shawn y Barbra penetraron en una reducida sala.

Se aproximaron a una rectangular ventana. Desde allí era visible la Tierra. Se iban alejando de ella a increíble velocidad.

La Tierra...

Deformada, aplastada, cubierta de enormes manchas negras...

Barbra se refugió en los brazos de Keenan Shawn. Este besó los cabellos femeninos abrazándola con fuerza.

«Marte es una tierra feliz donde no existe el odio, la violencia...»

Iban hacia la felicidad.

En busca de la tierra de promisión.

FIN

[1] Sistemas consistentes en destruir In situ el ataque enemigo